



Mujeres en Empleo Informal:  
Globalizando y Organizando



# EL SERVICIO INVISIBLE

CRÓNICAS SOBRE TRABAJO  
NO ASALARIADO EN LA  
CIUDAD DE MÉXICO

# Índice

- 02**    Introducción
- 04**    La letanía más larga  
Luciana Wainer
- 18**    ¡Fotos, fotos! ¡De este lado están las fotos!  
Alejandra Ibarra Chaoul
- 32**    El amor sincero de los trovadores  
Guillermo Osorno
- 46**    Bajo sexto y acordeón en una plaza de concreto  
Emma I. Landeros Martínez
- 60**    “Un café, ¿quiere un café?, ¿le sirvo un café?”  
Emma I. Landeros Martínez
- 72**    Instrucciones para sacar brillo a un zapato  
Carlos Acuña
- 88**    El trabajo cotidiano de los artesanos de la Plaza  
Garibaldi: entre la precariedad y la renovación  
Sebastián Ramírez
- 102**    La caja mágica  
Guillermo Osorno
- 116**    Bibliografía  
Sebastián Ramírez

Mucho se dice de las personas que desempeñan los trabajos tradicionales de la ciudad, aunque, en realidad, poco se conoce de ellas. En esta publicación, desde WIEGO intentamos acercar las historias de diferentes grupos ocupacionales de personas trabajadoras en empleo informal a un público que quiera conocer más de la ciudad y del país, ya que es innegable que la economía popular también conforma nuestra idiosincrasia como mexicanxs.

Las personas y sus historias, retratadas en estas páginas a través de diferentes periodistas, nos dejan entender cómo gente trabajadora que vemos cotidianamente, como las personas aseadoras de calzado, artesanas, organilleras, trovadoras, vendedoras ambulantes de café, fotógrafas en los eventos de las iglesias, quienes tocan música norteña y quienes venden publicaciones y revistas atrasadas nos llevan al México de antes, pero sin duda alguna, también al México de hoy.

Sus historias están igual de vivas que siempre; salen todos los días a trabajar para ganarse la vida, tomando las oportunidades que les ofreció su país. Por eso es que, al pensar en estas personas trabajadoras, podemos fácilmente trasladarnos, al menos en la mente, al Centro Histórico de la Ciudad de México. El centro de la capital del país nos sigue dibujando lo que, de alguna manera, sigue reproduciéndose en los centros de los estados de la República. Eso somos.

Entender por qué las personas se dedican a las actividades que realizan día a día, llenándoles de identidad propia, además de dignificarles. Entender cómo se vive el ocuparse en eso. Entenderles, también nos da más herramientas para entender la desigualdad y cómo el mirarles de manera distinta, desde el Estado pero también desde lo personal, podría potenciar su impacto social y económico, al mismo tiempo que sus propios ingresos.

Las personas trabajadoras no asalariadas que se retratan en estas páginas se encuentran reguladas por el Reglamento de Trabajadores No Asalariados del Distrito Federal de 1975. Contrario a lo que se piensa, cuentan con una licencia de trabajo, expedida por la Secretaría del Trabajo y Fomento al Empleo de la Ciudad de México. Desde hace décadas, desde sus lugares de trabajo, han visto cómo se moderniza la ciudad y han intentado modernizarse con ella, no quedarse atrás.

La ley las reconoce como personas trabajadoras, pero de una categoría distinta, sin reconocerles los derechos que se desprenden del trabajo. Personas trabajadoras “legales” pero

invisibles. Personas trabajadoras con la esperanza de lograr sus derechos plenos, organizadas en Uniones para seguir en la lucha por mejores condiciones laborales, y reconocidas por una Constitución Política de la Ciudad de México de 2017, a partir de la cual el Congreso de la Ciudad de México, debió haber detallado sus derechos en una ley, sin que eso haya sucedido al día de hoy.

Dejar de invisibilizar que millones de personas en la Ciudad de México y, por supuesto en todo México, trabajan en empleo informal y aportan al producto interno bruto a través de un arduo trabajo, traería aparejado medidas para eliminar los obstáculos que enfrentan para poder trabajar, medidas de inclusión, reconocimiento y un lugar social distinto al que se les da ahora. Terminar con su fragilidad laboral y económica es posible.

Gracias a las personas trabajadoras no asalariadas por todas sus contribuciones económicas, alimentarias, identitarias, sociales y culturales a esta nuestra Ciudad de México, a pesar de todas las trabas burocráticas y la discriminación que sufren para hacerlo. La ciudad y sus espacios no se vivirían igual sin su presencia.

## Tania Espinosa Sánchez

Coordinadora para América Latina del Programa de Leyes de WIEGO



Vendedores de revistas  
y publicaciones atrasadas

# La letanía más larga

Las publicaciones periódicas viejas y los libros de todo tipo vuelven a circular en la ciudad gracias a los vendedores de revistas y publicaciones atrasadas.

Luciana Wainer

## Están por todas partes, pero hacemos como que no existen.

Es una vieja costumbre: mirar para otro lado, refugiarnos en las pantallas incandescentes de los celulares, hacer como si las personas fueran parte del paisaje. Son los vendedores de revistas y publicaciones atrasadas. No, no vendedores de periódicos. No, tampoco me refiero a los voceadores. Son doscientos trabajadores y trabajadoras que atienden los puestos de la Ciudad de México ofreciendo números pasados de revistas, libros de todo tipo y que —a raíz de la pandemia y la baja en las ventas— también ofertan dulces surtidos, cigarros y hasta cables de teléfonos móviles.

A diferencia de los puestos de periódicos, los de revistas abren al mediodía: “a las once o doce”, me dice Noemí Saucedo Bejarano. Ella tiene la espalda curva, el pelo cano y usa el cubrebocas que deja entrever la mitad de la nariz. Me cuenta su día mientras termina de acomodar algunas revistas en los estantes metálicos. Son las 11:20 de la mañana de un jueves y la esquina del Eje Central Lázaro Cárdenas y la calle Tacuba —en pleno Centro Histórico de la Ciudad de México— está repleta de transeúntes, oficinistas, hombres en traje y mujeres en tacón. Sin embargo, nadie se acerca al puesto más que para saludar. Noemí, a sus 82 años, parece una estrella de televisión popular frente a la gente que frecuenta el Centro y los vendedores de la zona: “¡Buenos días!”, le gritan cada dos o tres minutos. Noemí ha trabajado en estas calles desde sus 9 años de edad; primero ayudando a un vecino afuera del Sanborns y, luego, con su propio puesto con el que lleva más de veinte años.



Mientras el sol empieza a calentar con rabia las calles, Noemí termina de colocar las revistas en un orden que, si bien para mí es incomprendible, a ella le resulta natural. Y aunque ahora las sonrisas de mujeres esbeltas posan desde las portadas de las *Marie Claire*, *Elle* y *Vanidades* para que las compremos, lo que más se vende en estos días, cuando las temperaturas suben durante el día y las lluvias aún no han



comenzado a refrescar esta parte del país, es el agua embotellada. “Por el calor”, me dice Noemí, entre la resignación y la ironía.

A pesar de todo, el Centro capitalino es, para los vendedores de revistas atrasadas, la zona dorada de las ventas de entre las 14 de las 16 alcaldías en las que tienen más presencia. La mayor ventaja es que los libros —que prevalecen a lo largo del Eje Central— dejan más dinero que las revistas. Aun así, los vendedores hacen un promedio de 300 pesos a la jornada: 500 en un buen día, menos de 100 pesos en uno malo. Trabajando seis días a la semana —aunque algunos lo hacen hasta siete— las ganancias promedian los 7,000 pesos al mes y no admiten excepción, enfermedad o contingencia.

En esas condiciones, sobrevivir en la pandemia se convirtió en una odisea. Los vendedores no dejaron de trabajar; ni siquiera durante los momentos de mayor contagio, a pesar de que las autoridades intentaron cerrarles los puestos. A Rebeca Ortega Garduño, una mujer de 49 años, pelo largo y tinte rubio que sonríe a la menor provocación, se lo clausuraron el 2 de abril del 2020. Al otro día, Rebeca se levantó a las 7:00 de la mañana, preparó el desayuno, lavó los trastes, se subió al metro y recorrió los veinte minutos que separan su casa —por el metro Lagunilla— de su lugar de trabajo. Una

vez allí, abrió solo una de las puertas del puesto y se puso a vender. Otros vendedores hicieron lo mismo, orillados por la necesidad y la falta de opciones. Los policías de la zona, finalmente, terminaron por hacer la vista gorda y dejarlos trabajar, acostumbrados ya a esas otras leyes, las que mandan en la calle, las que, a veces, terminan por hermanar a los que viven al día y no pueden darse el lujo de quedarse en casa, aunque lleven uniforme.

Rebeca es una vendedora hábil: cuando los clientes, más preocupados por sortear el día a día que por leer, empezaron a circular por las calles de la capital en plena pandemia, ella empezó a ofertar cubrebocas. Cuando niños y niñas empezaron las clases en línea, ella sumó a su mercancía cables de computadora y cargadores. Siempre un paso adelante, siempre apretando la marcha para llevar algo de dinero a la casa. Entre risa y risa, Rebeca me cuenta que, como no está casada, la vida le enseñó a rebuscársela: “de lo que sea, yo le saco”, me dice, pícaro. Antes de que a su padre le diera cáncer, él trabajaba vendiendo billetes de lotería en el Centro. Quizá por eso Rebeca se maneja como si las calles de la Ciudad de México fueran su propia casa. Quizá, porque desde que tiene 29 años despacha en ese mismo lugar. A diferencia de la mayoría de los vendedores, a Rebeca el puesto le pertenece; su padre se lo compró a principios de los 2000 a la viuda de un dueño anterior que falleció. Para el resto, los puestos son otro de los beneficios que les da ser socio de la Unión de Vendedores de Revistas y Publicaciones Atrasadas: se les asigna un lugar, se les ofrece un puesto y se les ayuda con los trámites que deben llevar a cabo ante las autoridades. Más tarde me enteraré de que esas son las dos modalidades para la venta de revistas atrasadas, se puede ser dueño del puesto y del lugar o solo ser dueño del lugar que es asignado por la Unión y patrocinado por alguna marca que pone publicidad en los paneles metálicos del puesto.

**Aunque las autoridades les extienden un permiso de trabajo, no les garantizan ni siquiera los derechos más básicos. Los vendedores de revistas no tienen seguro social, ni seguro de desempleo.**

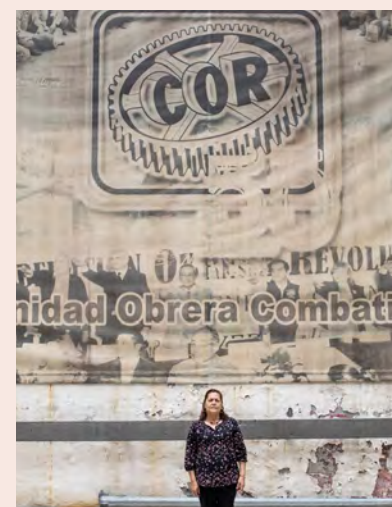
Para los vendedores de revistas no todo tiempo pasado fue mejor. Si bien es cierto que en 1958, en el año de fundación de la Unión, se agrupaban más de quinientos vendedores y las ganancias duplicaban las ventas del presente, antes de la publicación del Reglamento para los trabajadores no asalariados del Distrito Federal en 1975, el oficio tenía mayores retos y las autoridades municipales, a sabiendas de

este vacío en los estatutos, aprovechaban para poner más trabas y levantar la mercancía. Ese primer avance legislativo permitió que los vendedores de revistas pudieran acceder a una licencia tramitada ante la Secretaría del Trabajo que les otorgó un permiso formal para trabajar en la capital. Pero obtenerlo no es cosa fácil.

En este tránsito, la Unión fue pieza fundamental en las negociaciones entre los gobiernos y los trabajadores. Parte de esta historia me la relata la secretaria general, María Guadalupe Montealegre Mañón, mientras recibe a los agremiados en la oficina de planta baja de la calle calzada de La Viga, un edificio de varios cientos de metros cuadrados que parece detenido en el tiempo por sus paredes descascaradas y sus oficinas vacías. Este inmueble, que data de los años sesenta, es una mole de concreto inmensa que alguna vez fue blanca y del que ahora solo quedan resabios de pintura. Guadalupe es paciente. Con ademanes suaves me va relatando paso a paso las reglas que rigen sobre el trabajo no asalariado. De vez en cuando, se levanta de la silla para saludar a algún trabajador que viene a dejarle documentación. Para mí —al menos en este primer encuentro— la mujer que tengo enfrente es Guadalupe, pero para los demás es Lupe o Lupita. Media decena de personas entra en la oficina mientras platicamos, se abrazan, se preguntan por la familia —“¿Y los chicos?, ¿y tu mamá?”—, dejan papeles y se van.

Guadalupe —o Lupe o Lupita— llegó a la Unión en 1983, 25 años después de su fundación, como secretaria mecanógrafa. Toda su vida se había dedicado a la venta de revistas atrasadas y ese primer

Vendedores de revistas  
y publicaciones atrasadas



trabajo como secretaria le hizo fantasear con llegar hasta la secretaría general. Y lo hizo. En 1993 hubo elecciones y Guadalupe las ganó tejiendo alianzas con los compañeros. A partir de ese momento, fue reelecta cada cuatro años: siete periodos consecutivos, 29 años ininterrumpidos de estar al frente de la Unión de Vendedores de Revistas.

Durante todos estos años, la capital del país vivió dos gobiernos priistas, cinco perredistas, uno de Morena y algunos gobiernos provisionales, que fueron designados por ausencia o renuncia del Ejecutivo de la capital. Como en un reflejo de la sensación generalizada que permea a los habitantes de la ciudad, Guadalupe dice que las cosas no han cambiado mucho sin importar los colores de quien gobierne. Su trato directo, en realidad, es con alcaldías y la Secretaría de Trabajo. E incluso en ese ámbito, la relación se ha ido sistematizando a fuerza de regulación y costumbre: “Sí”, recuerda, “hace unos ocho años a veces los levantaban y había que ir al Ministerio Público a presentar la credencial... pero ya, ya nos dejan trabajar bien”. Aun así, los agremiados no están exentos de conflicto: una vez al año necesitan que la Secretaría de Trabajo les reselle su permiso y ahí es cuando la oficina de la Unión se vuelve una pasarela de trabajadores que cargan actas de nacimiento, fotos y papeles varios. En ese momento, la secretaria general presenta los documentos, las licencias se renuevan y todo vuelve a empezar. Al menos hasta que cambie el gobierno y les actualicen las credenciales. Nada nuevo bajo el sol. Las oficinas —que ahora están casi desoladas— también cobran vida los primeros jueves de cada mes cuando se lleva a cabo una asamblea general. Ese día, los doscientos agremiados se juntan a discutir sobre su situación y ponerse al corriente. En situaciones especiales o días festivos se les reparte algún apoyo. En algo, suma.

Sobre el resto de las organizaciones gremiales de trabajadores, Guadalupe es contundente: se llevan bien, se apoyan. De hecho, en mayo de 2022, todos los trabajadores no asalariados —aseadores de calzado, organilleros, artesanos, vendedores de café, fotógrafos de eventos, músicos norteños y trovadores—, se movilizaron para exigir al gobierno de la capital que se respete su lugar en la vía pública y que no se les considere en el reordenamiento que se anunció para el Centro Histórico que consistió en dividir el Centro en cinco zonas y reubicar a los comerciantes para liberar las calles de ambulante. Porque aquí también hay diferencias: ellos no son vendedores ambulantes, no son comerciantes; son trabajadores no asalariados. Guadalupe lo repite varias veces para que quede claro, y agrega una frase que he escuchado cientos de veces en distintos ámbitos: “Solo queremos que nos dejen trabajar”.





Lo cierto es que, aunque las autoridades los dejen trabajar, no les garantizan ni siquiera los derechos más básicos. Los vendedores de revistas no tienen seguro social, ni seguro de desempleo, ni licencias de ningún tipo. El reglamento solo contempla servicio médico gratuito en la Clínica Dr. Gregorio Salas —una mole de ladrillo rojizo sobre la calle Carmen de la colonia Centro—, que atiende a miles de personas sin seguro social. En los hechos, los vendedores cuidan de su salud como pueden: se atienden en los servicios de las farmacias o piden ayuda con sus familiares. Y aunque en los últimos cinco años ha habido diversas iniciativas sobre empleo informal —como la presentada por la diputada local Sánchez Barrios que pretendía incorporar a un régimen voluntario de seguridad social a los trabajadores no asalariados; o la del diputado Temístocles Villanueva,

Vendedores de revistas  
y publicaciones atrasadas



que obligaba a las autoridades a crear un Padrón de Personas Trabajadoras No Asalariadas de la Ciudad de México— ninguna ha llegado a buen puerto. Están congeladas u olvidadas, que para el caso es lo mismo. Es por eso que de los doscientos trabajadores que ahora integran la Unión, 80% son personas de la tercera edad. La mayoría dice que trabajar los hace mantenerse activos, divertirse, pero lo cierto es que las opciones no abundan, hay que salir a trabajar para subsistir. Y punto.

Guadalupe no solo es secretaria general de la Unión; también es madre de ocho, abuela de treinta y bisabuela de 15. De las tres *Guadalupes* que hay en la familia, tengo frente a mí a dos: María Guadalupe Montealegre Mañón y Guadalupe Montealegre, Secretaria



General y secretaria de la secretaria general respectivamente. Madre e hija. Es un lunes de junio en la oficina de la Unión y el calor no da tregua ni afuera, ni adentro. Lupe —digámosle así, para no confundirnos— me explica que ella también tiene un puesto sobre Tlalpan y General Anaya; puras revistas. A la hora de comprarlas, Lupe y los otros trabajadores tienen dos opciones, o acuden a los expendios de revistas al mayoreo que se ubican principalmente en el Centro de la ciudad o son los propios vendedores de los expendios los que pasan a su puesto a ofrecerles la mercancía. Para cuando las revistas llegan al consumidor final, Lupe les gana entre 10 y 25 pesos, a algunas, el doble; pero aun así las cuentas están apretadas. Las que más se venden son las de juegos de palabras, las que menos, las de tejido. “Antes eran muy requeridas”, dice, como si hablara de otro mundo. Con cierta melancolía, Lupe me relata otra concatenación de recuerdos de otros tiempos: cuando los niños necesitaban revistas para llevar a la escuela, cuando el papel era la única forma de lectura, cuando internet no lo había acaparado todo y la calle no representaba una amenaza de contagio latente. Porque la pandemia no solo ha sido un golpe mortal para las ganancias de los vendedores de revistas —que vieron disminuidos sus ingresos al igual que 9 de cada 10 hogares en 2020 según cifras del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI)—, ellos también vieron morir, al menos, a unos 18 vendedores. A manera de homenaje, las fotos de los fallecidos están colgadas en una de las paredes de la oficina. Desde mi óptica, las fotos también me saben a recordatorio: los estragos de la pandemia no han terminado. No para todos.

**Los vendedores de revistas y publicaciones atrasadas no son vendedores ambulantes, no son comerciantes; son trabajadores no asalariados. Guadalupe, la secretaria general de la Unión, lo repite varias veces para que quede claro, y agrega una frase que he escuchado cientos de veces en distintos ámbitos: “Solo queremos que nos dejen trabajar”.**

Javier Juárez Muñoz, un hombre corpulento, de movimientos ágiles y modos amables, tiene una teoría sobre el bicho: ellos se contagian menos porque han desarrollado anticuerpos de tanto comer en la calle. Me lo dice mientras ayuda a su madre, Catalina Muñoz Ramírez, de 81 años, a acomodar los libros en los anaqueles metálicos. En lo que platicamos, Javier nos trae un café con leche y una concha de

vainilla que apenas cabe en mi mano. Yo, atenta a las recomendaciones, me la termino rápido; quizá aún esté a tiempo de generar esos anticuerpos chilangos. Entre trago de café y mordida de pan, Catalina me cuenta que el puesto en el que ahora estamos sentadas le perteneció a su esposo y que fue hasta que él murió, hace 41 años, que ella se puso al frente del negocio. Ese es un tipo de dinámica recurrente: alguien en la familia se dedica a la venta de revistas y al fallecer se lo hereda a un hijo, una hija o una pareja. No es una herencia como tal, claro, pero sí una transferencia natural en la que la Unión ayuda, y que se facilita si la persona ya está involucrada en el trabajo cotidiano. Sin que me lo digan, imagino que eso es lo que posiblemente ocurrirá con Javier y Catalina: algún día, Catalina empezará a dejar de venir al puesto, a trabajar menos horas, a cansarse más rápido. Llegado ese momento, Javier asumirá la responsabilidad de ir todos los días hasta el Eje Centras y la calle República de Uruguay, empezar la venta a las 11:00 de la mañana, rezar para que ese día se vendan al menos tres o cuatro libros, cerrar a las 6:00 de la tarde y volver a casa. De lunes a sábado. O de lunes a lunes, si el bolsillo lo requiere. Lupe —que me acompaña durante la visita— también imagina algo similar y por eso, antes de despedirnos, le sugiere a Javier que los acompañe en la próxima asamblea. Él dice que sí, que ya va a ir, que pronto.

Los vendedores de revistas y publicaciones atrasadas son, en muchos casos, vendedoras. Guadalupe, Catalina, Lupe, Rebeca, Noemí; solo un ejemplo de las cientos de mujeres que se dedican al oficio y que, con revista o libro en mano, se convierten en el sustento principal del hogar. Catalina me explica que entre ellas hay muchas madres solteras, viudas o mujeres separadas y que este trabajo les brinda la autonomía suficiente para no depender de un esposo, ni de un jefe. Las hipótesis, sin embargo, son variadas: Rebeca asegura que las mujeres somos más trabajadoras, más aventadas. Lupe se lo atribuye a que somos luchadoras y que los hombres pueden conseguir otros trabajos. Con “otros trabajos”, Lupe hace referencia a un trabajo asalariado con un sueldo fijo, alguna prestación y un horario de salida. Y tiene razón. Difícilmente estas mujeres de 50, 60, 70 u 80 años tendrían la posibilidad de ser contratadas como empleadas en un entorno que prioriza, casi siempre, la masculinidad y la juventud, lo que deja a 65% de las mujeres mexicanas afuera del mercado laboral formal, según datos del Banco Mundial. El puesto de revistas se vuelve, entonces, un espacio de seguridad y liderazgo para las que históricamente fueron dejadas de lado; las veo saludando a los muchachos de la Plaza de la Tecnología, deseándole buenos días a los jóvenes que venden mercancía en las esquinas: un pequeño matriarcado de mujeres maduras brindando un servicio a la sociedad dentro de un contexto en el que siempre nos han dicho que ya es muy tarde, que ya es muy noche, que somos muy poco.



Vendedores de revistas  
y publicaciones atrasadas

Pero la sociedad no siempre retribuye. En México, la pandemia aceleró un proceso que ya había comenzado mucho antes. En 2020, de acuerdo con las cifras de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (CANIEM), la industria editorial dejó de producir 14 millones de ejemplares y disminuyó sus ventas en 20%. En ese mismo año, los medios reportaron al menos 13 revistas que se dejaron de imprimir en el país o de plano cerraron de forma definitiva. A esto se le suma el último reporte del Reuter's Institute que revela que el consumo de medios impresos disminuyó en 27 puntos porcentuales del 2017 a la fecha. La pregunta es obvia; casi un lugar común, aun así, necesaria: ¿cómo ves el futuro para los vendedores de revistas? Lupe y su paciencia infinita suspiran. Después de unos segundos, responde que el futuro es difícil, que las revistas no se venden como antes y menciona una palabra que, a todas luces, se vuelve reveladora: Lupe me habla del *valor* que las personas le otorgan a las revistas.

Y como todo valor atribuido, digo yo, también es susceptible de cambio y evolución. Es decir, la disyuntiva es clara, los impresos están en una crisis severa y los valores que se les otorgaban empiezan a entrar en la obsolescencia. Pero hay otros valores, nuevos, diferentes. O al menos puede haberlos. Tal vez la clave está en lo que Veka Dunkan, historiadora y divulgadora del arte, llama la "lógica del coleccionista": millones de personas alrededor del mundo que quieren tener la colección completa, que aún disfrutan de sentir el papel entre los dedos, que reconocen en el objeto físico un placer o, quizá, un fetiche. "La muerte del impreso se ha anunciado miles de veces", me explica. Primero, en los años veinte, con la llegada de la radio a México de la mano de los hermanos Pedro y Adolfo Gómez Fernández. Años más tarde, con las transmisiones de televisión, aun cuando estas eran imágenes acartonadas que se desprendían en blanco y negro desde la pantalla de un pesado cubo aparatoso. El internet fue la última gran estocada; ahora sí, los impresos estaban condenados, dijeron los expertos. Sin embargo, los diarios, los libros, algunas revistas, las libretas de notas, las bibliotecas y los calendarios siguen siendo parte de nuestra vida. En menor medida, claro. Pero ahí están; resisten y persisten, se aferran, en el pleno auge de lo efímero, a un sentido férreo de transcendencia.

En definitiva, el oficio de los vendedores de revistas y publicaciones atrasadas es, también, una cruzada contra el olvido, una oda a la memoria. En medio de los estantes, entre las sonrisas de modelos de alta costura y las publicaciones de recetas para toda ocasión, puede entreverse la verdadera mercancía: un poco de nostalgia que contrarreste tan imposible presente.



“¡Fotos,  
fotos!  
¡De este lado  
están las fotos!”

Los fotógrafos de eventos religiosos y sociales capturan momentos importantes de las ceremonias para sus clientes, y guardan una memoria gráfica de mucha estima.

Alejandra Ibarra Chaoul

# Son pasadas las 8:00 de la mañana del sábado y el centro de Coyoacán

apenas está despertando. Sobre las banquetas de la calle Caballocalco hay algunos vasos con cerveza tibia olvidados de la noche anterior. En el mercado de comida de la Higuera los puestos están cerrados, comales apagados, anafres sin prender. Hasta las hileras de papel picado que cuelgan frente al quiosco de la Plaza Jardín Hidalgo flotan con lentitud.

Hay un único lugar con movimiento que contrasta con la quietud del resto: la Parroquia San Juan Bautista, con su enorme portón de madera cerrado, su estructura de piedra gris y su única torre, pintada de blanco con amarillo por una administración que la quiso restaurar, pero la dejó a medias.

En el atrio de la iglesia se empalman dos actividades. Por un lado, hay una clase de entrenamiento canino. Los perros, dos husky siberiano, un pastor alemán, un pastor belga y otros de raza mezclada, se sientan, se paran y giran en círculos. Por el otro, se está formando una hilera de gente que inicia en el portón de madera de la parroquia y le da la vuelta, enroscándose por la fachada y alargándose hacia atrás de la iglesia. Los niños, vestidos con traje y las niñas con peinados de ocasión especial y zapatos formales esperan ansiosos moviéndose en su lugar de la fila, jalando de las manos a sus mamás, papás y abuelas quienes, a su vez, visten sacos y tacones. Dan las 8:30 mientras la fila crece y los ladridos de los perros semimaestrados envuelven el ambiente cargado de la emoción de los niños.

Al centro de la efervescencia hay un único hombre tranquilo, contemplativo: José Luis Martínez. Trae gafas, pantalón de vestir y camisa de botones azul claro. En su mano sostiene una cámara fotográfica con flash externo. Una vez que ha visto cómo la gente se está acumulando, entra a informarle a su suegro, el señor Manuel García Benítez, el estado de las cosas. Minutos después, se abre el portón de la iglesia de par en par para dar inicio a la ceremonia de graduación de julio de 2022 de la primaria Simón Bolívar.

Manuel está parado frente al altar y, desde el interior, coordina todo. Viste pantalones cafés de vestir, camisa azul y una chamarra ligera con cierre frontal color azul marino. Colgado del cuello trae un gafete con cordón negro donde se puede ver una foto suya de años atrás; sale más joven, con cabello negro ondulado y mirada adusta, la tez morena y el bigote tupido en el lugar que ahora ocupa un cubrebocas negro que tapa la mitad de su cara y sobre el cual sobresale una mirada más cansada bajo las cejas canas igual que su cabello, aún abundante, pero ahora gris. Por arriba de su foto, la leyenda del gafete lo identifica como miembro de la Unión Mexicana de Fotógrafos y Camarógrafos de Video de Ceremonias Eclesiásticas Sociales y Oficiales.

20



21

Poco a poco, las familias entran a la parroquia de una en una, avanzando por el pasillo central. José Luis Martínez, el yerno de Manuel, y Salvador García Rivas, uno de los ocho hijos vivos de los diez que el fotógrafo tuvo con su esposa Magdalena, acomodan a las familias conforme van llegando a las bancas. A un costado de la nave principal de la iglesia, observando toda la operación, está Víctor Manuel, de 18, uno de los varios nietos de Manuel, que lleva aprendiendo el oficio familiar de la foto desde los 7 años.

Conforme las familias se sientan, José Luis o Salvador se les acercan. En un gesto practicado les indican con la mano que bajen su cubrebocas: las familias se destapan las caras, se aprietan en un abrazo instintivo y el fotógrafo se agacha y dispara el obturador, que lanza un destello del flash. La familia se reincorpora esparciéndose en la banca, cada quien ocupa su lugar; se tapan la boca con la mascarilla, y los dos fotógrafos —uno de cada lado del pasillo central— ya están frente al siguiente grupo repitiendo el ritual: seña, cara descubierta, abrazo, sonrisas, cuclillas, un clic y el flash. Otra vez. Al extremo lateral, Víctor Manuel ayuda a acomodar a quienes van llegando y el abuelo Manuel recorre el largo de la iglesia de la puerta al altar cerciorándose de que todo vaya bien. A pesar de haber sufrido un infarto en 2014, Manuel sigue yendo a la iglesia de Coyoacán cada viernes, sábado y domingo. Aunque desde hace tiempo ya no puede tomar las fotos porque a sus 86 años ya no ve bien.

La mayoría de las personas que van a graduaciones, bautizos o bodas quizá nunca se lo pregunte, pero detrás de todo ese orden hay una operación aceptada por la Unión Mexicana de Fotógrafos y Camarógrafos de Video de Ceremonias Eclesiásticas Sociales y Oficiales, a la que pertenecen estos fotógrafos que facilitan lo



procesos en el interior de la iglesia. La existencia de la Unión, entre otras funciones, les permite fotografiar con cierto orden a las familias, sin competencia y con el visto bueno del párroco. La Unión se fundó en 1944. Según las anécdotas de los miembros más viejos, la historia se remonta a un bautizo en la Iglesia de San Ignacio de Loyola, en Polanco, donde estaba el entonces jefe del Departamento del Distrito Federal, Javier Rojo Gómez. Alrededor de diez fotógrafos con cámaras de película en blanco y negro se peleaban para capturar la mejor toma y vender sus fotos a los asistentes. Ante el caos que ocasionaron y por recomendación del político, los fotógrafos terminaron organizándose en una Unión.

El principal beneficio de agruparse es que se dividen las zonas de trabajo para garantizarse un ingreso. Al tratarse de trabajadores no asalariados, estos fotógrafos no tienen empleadores, ni contratos, ni salario seguro. Se ganan la vida ofreciendo sus servicios sin compromiso cada sábado del año en los bautizos, primeras comuniones, bodas, graduaciones o quinceañeras de las iglesias, donde toman fotos del evento para después venderlas entre los asistentes. Para no competir entre ellos, la Unión se encarga de organizar a sus miembros en roles mediante los cuales se le asigna una parroquia y una ceremonia a cada uno para ir a tomar fotos y video. El comité de la Unión ve la logística: fomenta una buena relación con los párrocos de cada iglesia para que les permitan entrar a tomar fotos, obtienen una lista de las ceremonias de cada iglesia cada semana y asignan a los fotógrafos a eventos específicos en zonas designadas.

Para ordenar las asignaciones, el comité de la Unión organiza a 18 fotógrafos por parejas en roles de 27 iglesias durante nueve semanas. A cada pareja se le asignan tres iglesias por día y se dividen en lo que la Unión históricamente ha llamado “las cabezas” y “los pies”. Si a un fotógrafo le toca la cabeza, significa que cubrirá una sola iglesia. Si le tocan los pies, significa que tendrá que cubrir eventos en dos parroquias diferentes un mismo día. A quien le toque cabeza una semana, le tocará pies la siguiente, y viceversa. Cuando terminan las nueve semanas con ese rol, cambian a otro.

“Las zonas se asignan por antigüedad y permanecen hasta que alguien muera o pida el cambio”, explica Erick Díaz Pérez, fotógrafo de 30 años de edad y secretario General de la Unión desde hace 16 años. Los roles se organizan por zonas y hay unas más disputadas que otras porque, claro, algunas son mejores para trabajar. Aunque las fotos se venden al mismo precio en un promedio de 40 pesos en toda la ciudad, hay zonas donde el volumen de fotos vendidas por ceremonia es de cien, mientras que otras lo más que se vende son treinta. También hay zonas con más ceremonias que otras. “Las mejores zonas son Polanco y Lomas de Chapultepec y las peores zonas son Aragón, por Ecatepec, las que tienen colindancia con el Estado de México”, dice Erick. Una vez que se le asigna a algún fotógrafo su zona, se le solicita estar mínimo un año, aunque no le guste o le vaya mal.

Para garantizar el trabajo, el comité de la Unión tiene convenios verbales con los párrocos de cada iglesia. Algunos padres piden cosas a cambio, como servicios de foto gratuitos cuando tienen eventos o donaciones monetarias mensuales. “Coyoacán es donde tenemos mejores convenios”, explica Erick, “ahí es el mismo fotógrafo de toda la vida y ya él mismo es tradición de Coyoacán como los churros, como la fuente...”.

En la Parroquia San Juan Bautista en Coyoacán ya empezó la misa. El padre está en el *mea culpa* y Manuel ha cerrado el acceso al pasillo central con un cordón que cuelga entre las bancas. La iglesia está repleta. En los siguientes cinco minutos, José Luis se queda fotografiando a los impuntuales que llegan a sentarse en las bancas laterales de la parte trasera de la iglesia mientras que Manuel, su hijo y su nieto salen a un negocio de impresión de fotografías a color, a la vuelta de la iglesia, donde descargan toda la memoria de una de las tarjetas SD y empiezan a imprimir cada foto a seis pesos. A las 9:25, Víctor Manuel, el nieto, regresa corriendo y se lleva la otra memoria, con la que su tío tomó las últimas fotos de los niños graduados, para llevarlas a imprimir.

Para la mala fortuna de la familia de fotógrafos, la misa termina temprano. A las 9:45 la gente ya está saliendo a borbotones para mezclarse en el atrio con los perros y sus dueños. Los niños sonrían, sus padres festejan. Manuel y su familia llegan apresurados para darse cuenta de que han perdido minutos preciosos. Toca remontar y recuperar el tiempo perdido. Mientras meten las fotos recién impresas en fólder blancos, José Luis se acerca con una pila de cincuenta fotos a los grupos de personas que se congregan platicando al exterior de la iglesia. Se le amontonan alrededor y el fotógrafo baraja fólder tamaño carta como naipes, pasándolos rápido para no perder la atención de la multitud que se asoma para ver las imágenes, buscando sus caras en ellas.

- ¿Tiene de nosotros?
- ¿De qué lado estaban sentados?
- Aquí estamos, me llevo estas.
- ¿Tiene cambio?

A tres metros, Víctor Manuel empieza a gritar: “¡Fotos, fotos! ¡De este lado están las fotos!”. Él, su tío y su abuelo han acomodado la otra mitad de fotografías sobre cajas de cartón abiertas y extendidas sobre el suelo en una especie de mantel que aísla las fotos del polvo. Se acercan tres niñas en uniforme y una grita, señalando una foto: “¡Ahí estoy, sí llegué a tiempo!”.

Víctor Manuel toma las fotos del piso y busca las caras en la multitud. Se acerca con algunas familias a enseñarles sus fotos, pero rechazan la oferta. Regresa a su labor de pregonero. “¡Pasen a ver las fotos, las fotos!”.

- ¡Esa es la mía!
- ¿Se lleva cinco?
- Allá, esas dos son las mías.
- Mamá, ¿podemos llevar estas?



Manuel les hace una seña a José Luis y Salvador, quienes mueven el cartón con las fotos de un costado de la iglesia donde están al centro del atrio, justo frente a la puerta. Ahí se hubieran colocado antes de terminar la misa de no haber terminado temprano la ceremonia. Una niña abraza su foto. Un niño carga un morral de donde sale la cabeza verde de un bebé Yoda de plástico del tamaño de un perro bulldog. Va con su hermano, el graduado que viste de traje, y su mamá que los abraza a uno con cada brazo. Se acercan al mantel de fotos y empiezan a escanear la oferta. Ahí está: una foto de los tres abrazados, sentados en la banca de la iglesia y en la esquina inferior izquierda del retrato se alcanza a ver la cabecita verde del bebé Yoda.

De toda la ceremonia, calcula Manuel, imprimieron alrededor de cien fotos y se vendieron como 75. La merma fue, más o menos, de 25%. Con un costo de seis pesos por foto, la inversión de los fotógrafos fue de 600 pesos y, con cada una vendida a 50 pesos, la ganancia fue de 3,750 pesos; de haber vendido las cien, habrían ganado 5,000 pesos. Poco a poco, el atrio se empieza a vaciar, dejando solo la presencia de los entrenadores con sus perros cansados, y José Luis toma parte de las ganancias del día para ir a comprar las tortas del desayuno. Son las 9:50.

Justo cuando han terminado de guardar los cartones y las fotos sobrantes, un hombre con chaleco gris del gobierno municipal pasa frente a Manuel. El fotógrafo veterano le sostiene la mirada, asiente a manera de saludo, y el hombre lo saluda también antes de acercarse a las vendedoras de paños bordados y medallitas que se sientan en las escaleras de la parroquia.

“Es el inspector de la delegación”, dice Manuel, “si nos ve las fotos, nos las quita y se las lleva todas”. A veces, añade, le quita también las medallitas a la señora de las escaleras o los milagritos al señor que va los domingos. Por suerte, Manuel tiene los tiempos medidos



Fotógrafos de eventos religiosos y sociales

y, dice, a veces el inspector le da chance. En parte, quizá, por su buena relación con los párrocos. “Los padres me consecuentan”, explica, “me quieren”.

No es de a gratis. Manuel ayuda en las labores de la iglesia cada que puede. Cuando era más joven, ponía el nacimiento cada Navidad.

### **La mayoría de las personas que van a graduaciones, bautizos o bodas quizá nunca se lo pregunte, pero los fotógrafos que toman las imágenes o videos de las ceremonias son parte de la Unión Mexicana de Fotógrafos y Camarógrafos de Video de Ceremonias Eclesiásticas Sociales y Oficiales, fundada hace más de sesenta años.**

Ahora ayuda a los que lo ponen. Si hay ceremonias especiales, ayuda con los arreglos de flores. Es una relación excepcional, ligada a la historia personal de Manuel, hijo de padres humildes sin estudios, quien creció descalzo en el atrio de la iglesia comiendo las quesadillas quemadas que le regalaba la señora de la esquina y boleando los zapatos de los fotógrafos de la Unión hasta que uno de ellos le empezó a enseñar el oficio. Tenía 11 años.

Pero no todas las relaciones entre párrocos y fotógrafos son así.

El 29 de septiembre de 2020, durante una asamblea de la Unión, el secretario de Trabajo y Conflictos —encargado de resolver rispideces entre fotógrafos y ante parroquias— anunció que se suspendían los roles en la Iglesia de San Agustín de las Cuevas en el centro de Tlalpan hasta nuevo aviso. Acababa de morir el fotógrafo que cubría esa zona y el párroco no quería que ningún otro fotógrafo de la Unión entrara a su iglesia. Los intentos de negociación del Secretario de Trabajo fueron en vano. “Luego fue Erick a tratar de convencer al padre. Fue lo mismo. No hay rol ahí. No van a mandar a nadie a trabajar ahí”, sentenció.

A eso se sumaba la crisis de la Parroquia de Santa Teresita del Niño Jesús, en las Lomas de Chapultepec, una de las zonas más fructíferas para el trabajo de los fotógrafos. “El padre se comunicó conmigo porque estaban vendiendo fotos afuera de la iglesia en la calle, como lo hacen todos, Manuel y todos”, explicó Erick, el secretario general. “Nomás que llegó la policía y pus por la zona nada más, la zona, que

es... de ricos, les pidieron que se fueran”. Por intentar vender su trabajo, los fotógrafos rebatieron a los inspectores diciendo que tenían permiso del párroco para estar ahí. La policía le dijo al padre, quien se enojó. Dijo que su permiso era para trabajar adentro de la iglesia nada más. “No pasó a mayores, recogieron sus fotos y se fueron, pero el padre pidió que por un tiempo no quería ver a esos fotógrafos ahí”, dijo Erick. La iglesia quedó fuera del rol por ocho meses.

Durante la pandemia, la Unión —como el resto de las personas— se tuvo que acoplar a la realidad del distanciamiento social. Su trabajo se suspendió de manera absoluta durante meses, a partir del 21 de marzo de 2020 cuando se cancelaron las ceremonias presenciales en las iglesias. En septiembre de ese año se empezaron a reanudar algunas ceremonias íntimas en iglesias reservadas para familias con ocasiones especiales. En la Parroquia de San Agustín, sobre avenida Horacio en Polanco, una fotógrafa de la Unión logró que una familia la contratara afuera y entró con ellos a la ceremonia privada. Al padre no le gustó. Ahí también prohibieron la entrada hasta nuevo aviso. El párroco dijo que no se reuniría con el secretario de Trabajo y Conflictos de la Unión sino hasta tres meses después por miedo a contagiarse.

Para formar parte de la Unión hay que ser mayor de edad, hacer un examen de conocimientos básicos de fotografía y pagar una anualidad de 1 200 pesos. A cambio, tienen sus roles que les garantizan trabajo,

**Al tratarse de trabajadores no asalariados, estos fotógrafos no tienen empleadores, ni contratos, ni salario seguro. Se ganan la vida ofreciendo sus servicios sin compromiso cada sábado del año en los bautizos, primeras comuniones, bodas, graduaciones o quinceañeras de las iglesias, donde toman fotos del evento para después venderlas entre los asistentes.**

con lo que ganan, en promedio, 8 000 pesos mensuales; hay a quienes les va mejor, con un ingreso de 14 000 pesos al mes y quienes batallan más, con un ingreso de 4 000 pesos. La inversión inicial también es grande. Cada fotógrafo tiene que comprar su cámara, de 30 000 o 40 000 pesos, de sus ahorros. A eso hay que agregarle el lente, de 5 000 a 6 000 pesos. Y si es cámara de video, hay fotógrafos que van cargando 100 000 pesos en equipo.

Por suerte, a Juan Luis Vázquez, secretario tesorero de la Unión, y Héctor García, fotógrafo, nunca les han robado su equipo. Si sucediera, se quedarían sin nada. “Mantener un seguro no es costeable, preferimos estar a las bendiciones de Dios”, dice Juan Luis, quien acababa de videografiar un bautizo en la Parroquia Santa Rosa de Lima, en la colonia Condesa. “Bueno, y estarnos fijando de nuestro entorno”, agrega Héctor García, pareja de rol de Juan Luis, quien tomó las fotos de la ceremonia. A diferencia de Manuel, ellos no imprimen las fotos ni el video para ofrecerlos a la salida porque no se puede. En cambio, apuestan la venta a concertar una cita con algún miembro de la familia del evento para enseñarles su trabajo durante la semana, trasladándose desde Indios Verdes e Iztapalapa, donde viven, a donde haga falta y a la hora que los citen para enseñar su material. Si bien les va, el video se vende en 1 500 pesos y cada foto en 50 pesos. Pero para ese bautizo, la venta se puede complicar porque la familia llevaba un fotógrafo contratado. Los egresados de la carrera de Comunicación que ofertan sus estudios de fotografía son, según Héctor, “un 80% de desventaja” por ceremonia porque disminuye mucho las probabilidades de que les compren su trabajo.

A diferencia de los fotógrafos contratados, la ventaja de los de la Unión es que conocen las parroquias perfectamente, saben los mejores ángulos, tienen mayor acceso por su convenio con los padres y se capacitan entre ellos para aprender fotografía de manera que interrumpen lo menos posible el rito religioso.

Héctor, de 33 años, entró a la Unión hace cinco años cuando lo despidieron de la empresa de artículos hospitalarios donde trabajaba y se encontró a un amigo que estaba como videógrafo en la Unión y le empezó a enseñar. En el caso de Juan Luis, de 52 años, había renunciado a su trabajo como técnico de servicio de cómputo para BBVA Bancomer y venía regresando de probar suerte en Estados Unidos cuando llegó a una iglesia como “fotógrafo pirata” —los que intentan tomar fotos en iglesias por la libre: sin ser miembros de la Unión y sin contrato de las familias—. En cuanto el fotógrafo de la Unión que estaba asignado a esa parroquia lo vio, le hizo una seña al sacristán, quien a su vez regañó a Juan Luis y no le permitió tomar más fotos. Al final de la ceremonia, el de la Unión lo invitó a unirse. De eso hace 12 años.

“Pero ahora es época de vacas flacas”, dice Juan Luis. Los riesgos son muchos. De seguro de gastos médicos ni hablar. Y pensión de retiro, tampoco. Para solventar lo que se puede, la Unión ha creado un sistema de ayuda mutua. Cuando un fotógrafo muere, los demás hacen una aportación voluntaria para juntar, entre todos, 120 000





pesos para la familia. Antes, en los años ochenta, esa cantidad se podía solicitar para jubilación, pero en ese entonces había alrededor de 600 fotógrafos en la Unión y aproximadamente 15 ceremonias a la semana. Ahora son solo 250 miembros y algunas semanas solo llegan a tener tres ceremonias por parroquia a la semana, o hasta una.

Encima de todo, la edad de la mayoría de los integrantes no está a su favor. Según el secretario General de la Unión, 90% de sus miembros son personas de la tercera edad; el más joven tiene 20 años, los más viejos, 90 y tantos. Durante la pandemia de coronavirus, entre abril de 2020 y febrero de 2021, murieron 21 miembros de la Unión y todavía no logran pagar los 120000 pesos a los deudos de diez de esas familias. El comité ha intentado reclutar más fotógrafos jóvenes, pero muchos no ven el beneficio de entrar en la Unión.

Ante la falta de trabajo durante la pandemia, el comité de la Unión se movilizó con otras agrupaciones de trabajadores no asalariados y consiguieron que el Gobierno de la Ciudad de México, a través de la Secretaría del Trabajo, le otorgara dos cheques por 1500 pesos cada uno a 97 fotógrafos.

Fotógrafos de eventos  
religiosos y sociales

A Manuel, por su parte, quienes más lo apoyan son sus hijos. Con el trabajo de la Unión mantuvo a su familia y sacó adelante a ocho hijos, que en su mayoría estudiaron una carrera. Una de sus hijas es licenciada en Enfermería, dos son secretarías, una de ellas trabaja para el rector de una universidad, otro es contador y uno más jugó en la segunda división del equipo de fútbol Cruz Azul. Algunos trabajan con él los fines de semana en la foto turnándose sus dos cámaras: una que sacaron a crédito en el Sanborns y otra que le trajo un hijo que se fue unos años a trabajar a Estados Unidos.

Después de la graduación en la parroquia de Coyoacán, y antes del bautizo de las 11:00, Manuel saca un juego de llaves de su bolsillo y abre una puerta de madera dentro de la iglesia. Al fondo del pasillo hay un cuartito bajo las escaleras que suben a un segundo piso. Durante sesenta años, ese “huequito bajo las escaleras” ha sido el refugio de Manuel. Empezó siendo su cuarto oscuro, cuando revelaba sus fotos antes de las cámaras digitales, y ahora es donde descansa entre eventos y guarda el material necesario para hacer su trabajo.

Tiene un calendario pegado en la pared, un espejo, dos sacos limpios colgados de un gancho con un manojito de corbatas. En una esquina guarda trípodes, estabilizadores de cámaras, su ampliadora con la que imprimía negativos, y libretas. En la otra pared tiene fotos de sus nietos y bisnietos. Su familia completa tiene más de cincuenta integrantes.

Manuel García Benítez es un emblema de la Unión. Con estudios hasta quinto año de primaria, pasó de “ponerle grasa”, como dice, a los zapatos de los fotógrafos de la Unión cuando era un niño que llegaba a dormir en los jardines de la iglesia, o lavarles sus coches, a repartir fotos para los fotógrafos en bici y, hasta a sus 11 años — cuando su mentor lo llevó a comprar zapatos de vestir, una camisa y un pantalón— a convertirse en aprendiz de fotografía. Ahora celebra cada cumpleaños invitando a los 250 miembros de la Unión a su casa, donde sigue viviendo con su esposa Magdalena, a comer el mole que él cocina.

Más de sesenta años siendo fotógrafo de eventos eclesiásticos. Más de cinco décadas capturando momentos históricos. “En la casa tengo fotos con famosos”, comenta. Una vida capturando momentos que le han llegado a pedir hasta 15 años después de la ceremonia y que él conserva. “Toda mi vida ha sido esto”, añade Manuel antes de cerrar el cuarto bajo las escaleras para salir a coordinar las fotografías del bautizo de que ha empezado en la parroquia pasadas las 11:00 de la mañana.



Trovadores de la plaza  
Garibaldi

# El amor sincero de los trovadores

Varias calamidades rodean a los trovadores de la plaza de Garibaldi, pero los sostiene cantarle al amor, el agradecimiento de los clientes y sentirse parte de una tradición que no debe morir.

Guillermo Osorno



## A las 8:00 de la noche de un sábado de verano la luz de la tarde

todavía cuelga en el cielo de la ciudad y tira sus últimos resplandores sobre el mercado de San Camilito, a un costado de la Plaza Garibaldi. Es un edificio blanco que se pinta de dorado y te recibe con sus cuatro arcos, la antesala de un templo a la comida mexicana. Allá adentro, las luces de los locales comienzan a brillar, pero el mercado aún está vacío, como a la espera de que la gente que se ha comenzado a congregarse en la plaza cante, chillen, desahogue sus penas y entre a calmar una noche de fiesta comiendo platillos sencillos como una birria muy picante, unas enchiladas de mole o un pozole rojo, sobre mesas de manteles también rojos cubiertos de plástico, y bajo una nube de papel picado. En el pasillo principal del mercado deambula un trío musical. Son el Trío Signo: Guillermo Ramayo García, Nicandro Aguilar Parada y Sabas Catarino Zúñiga. Están vestidos con un traje negro, camisa blanca y llevan las guitarras y el requinto en las manos. Ellos son los únicos músicos dentro del mercado. Su lugar en el complejo ajedrez de la plaza se fijó hace décadas por un acuerdo entre los otros músicos y permanece sin cambio hasta este momento.

Hay algo melancólico en el Trío Signo. No es solo por la edad de sus integrantes (el más joven, Sabas Catarino, tiene 67 años), o por el

romanticismo de sus canciones, sino también porque los tríos han caído en desuso y cada vez es más difícil encontrar uno. La pandemia terminó por borrar su presencia en la Plaza Garibaldi; después de la emergencia sanitaria que encerró al mundo, algunos músicos simplemente ya no regresaron.

**Hay algo melancólico en el Trío Signo. No es solo por la edad de sus integrantes (el más joven, Sabas Catarino, tiene 67 años), o por el romanticismo de sus canciones, sino también porque los tríos han caído en desuso y cada vez es más difícil encontrar uno.**

Guillermo Ramayo, integrante de Signo y Representante de la Unión de Trovadores, ha estado en Garibaldi por más de cincuenta años. Es un hombre menudo, con el bigote afilado y las cejas pobladas. Su historia en la plaza comenzó en los años setenta, cuando llegó a tocar después de llevar una vida en la que caben las vivencias de muchas personas juntas. Nació en Aragón, en la Ciudad de México, a finales de los años cuarenta. Sus padres se divorciaron y Ramayo fue expulsado a la calle desde muy chico. Estudió hasta tercer año de primaria. La calle le enseñó a sumar, restar, escribir y a cantar. Vivía cerca de los mercados, cargando canastas, tirando basura; también vendía cosas en los camiones, pero las autoridades de la ciudad le confiscaban frecuentemente las mercancías y más de una vez terminó en los separos de la delegación. Un amigo suyo le propuso que consiguiera unas maracas y comenzaron a cantar en los camiones. Luego, un músico de Michoacán le enseñó a cantar. El día





Trovadores de la plaza Garibaldi



menos pensado sus compañeros y él habían comprado ropa igual para hacer un conjunto: sacos guinda, pantalones blancos, camisa blanca, corbata de moño y botines. Su hermano, dos compadres y él formaron la agrupación La Noche. Estudiaban con los discos de los tríos famosos. Copiaban las letras en un cuaderno y se las arreglaban para sacar la música. Guillermo cantaba y tocaba las maracas; los demás, la guitarra y el requinto. Guillermo cuenta que una ocasión que tomó la guitarra un cliente lo humilló por lo mal que lo hacía. Se puso a llorar. Una persona que lo vio lo llevó aparte y le dijo: “tú no tocas la guitarra, pero cantas”. Hoy Guillermo recuerda con cariño ese espaldarazo, sigue cantando y es un maestro con el instrumento.



La música en la Plaza Garibaldi le abrió la puerta a otras experiencias. Ha conocido muchos lugares y ha tenido grandes vivencias. Acá conoció a los grandes de los boleros, Los Dandys, Los Diamantes y Los Panchos. También ha entrado en contacto con muchas personalidades de las clases altas de la ciudad; empresarios y políticos que contrataban a los tríos para sus grandes juergas, fiestas que duraban toda la noche, hasta las 2:00 o 3:00 de la tarde del día siguiente. Conoció a Luis Donald Colosio, el candidato del PRI a la presidencia, y en otra fiesta escuchó algunas teorías de por qué lo mataron. Un día fue hasta Chiapas para conocer al Subcomandante Marcos; otro, vio la foto del dirigente zapatista en las casas de un policía judicial. Ha tocado para gente del PRI, del PRD y de Morena. Ha actuado en sus campañas electorales de manera gratuita. Conoce a Dolores Padierna, dos veces jefa delegacional de Cuauhtémoc, donde está Garibaldi, y a su marido, René Bejarano, de mala fama por aparecer en ciertos videos recibiendo dinero de un empresario constructor en la época en que Andrés Manuel López Obrador era jefe de Gobierno.

Trovadores de la plaza  
Garibaldi



**Los tríos siempre estarán atados a los momentos significativos de las personas. Ramayo, líder del trío, que tiene el don de la palabra, se pone reflexivo y dice que el romanticismo es algo hermoso porque es una cosa grande que te pega dentro del corazón.**

Ramayo dice que él no puede hablar mal de Bejarano: siempre lo ha tratado con amabilidad.

Entró a la Unión de Trovadores luego de que llegó a Garibaldi. La Unión ha organizado el trabajo de los músicos desde 1943, pues gestiona los permisos frente a la Secretaría de Trabajo, representa a los trovadores ante locatarios y otros músicos de la plaza, asigna los lugares de trabajo y de alguna manera sirve como vigilante de la calidad, pues los músicos deben pasar una prueba de aptitudes musicales para pertenecer. La Unión llegó a tener 1500 agremiados. Hoy no pasan de treinta. Guillermo Romayo es su líder desde hace una seis años, periodo que ha coincidido con la ruina general de la plaza.

Muchos atribuyen esta decadencia a las desafortunadas remodelaciones, sobre todo la que colocó al Museo del Tequila, un edificio de tres pisos, al frente del espacio público, tapando el acceso de los músicos a la calle, el Eje Central. También la plaza perdió mucha vitalidad cuando prohibieron la venta del alcohol en la vía pública. Desaparecieron los botelleros, que daban combustible a las tristezas y las alegrías de alma con tequila, cerveza y ron. Ahora solo se puede beber dentro de los bares. La plaza ha sido lastimada de igual modo por distintos episodios de violencia, algunos asesinatos que le han dado fama de lugar inseguro y, por último, la pandemia llegó a arruinar la poca vida que le quedaba. Durante los meses que siguieron al decreto de emergencia sanitaria en marzo de 2020, Garibaldi estuvo prácticamente vacío.

En este lugar ha transcurrido toda la vida de Ramayo y es difícil que lo abandone. Acá conoció a su esposa, una mesera de un local perteneciente al Toluco López, un ídolo del box. Acá, Ramayo perdió el rumbo cuando el alcohol se apoderó de su vida, y acá volvió a nacer cuando se recuperó gracias a su ingreso a un grupo de Alcohólicos Anónimos. Su esposa murió en el año 2000 y su hijo mayor falleció por Covid-19.

La plaza está sitiada por todos esos problemas, pero eso no impide que por las tardes Ramayo y sus compañeros se den una vuelta para ver si agarran trabajo. Hay días que llegan a las 3:00 de la tarde y se van a las 7:00 de la noche; otros, se quedan hasta las 10:00 o las 11:00, cuando alguien contrata sus servicios. Pero nunca volverán esos tiempos en



Trovadores de la plaza  
Garibaldi



Trovadores de la plaza  
Garibaldi



los que los políticos mandaban llamar a todos los tríos de la plaza para armar verdaderas rondallas y luego se los llevaban a acompañar parrandas que parecían interminables y, a la distancia, felices.

Nicandro Sánchez Parada, otro miembro del Trío Signo, estaba también ese sábado al anochecer cargando su guitarra por el mercado. Es oriundo de la ciudad Rafael Lara Grajales, en Puebla. Había aprendido a tocar la guitarra con un amigo suyo del pueblo y, junto con él, se mudó a la Ciudad de México. Comenzó a cantar en los camiones, pero pronto encontró también su lugar en la plaza en los años setenta, donde conoció a Ramayo e hicieron grupo. En los últimos tiempos, dividía su tiempo tocando en un restaurante y en la plaza, pero llegó la pandemia de Covid-19 y se quedó sin ingresos. Terminó vendiendo, con su esposa, tostadas en un tianguis para sacar algo de comer. Ahora que la ciudad ha recuperado sus actividades, regresó a Garibaldi, pero no es lo mismo que antes. Sánchez piensa que es necesario hacer presencia en la plaza, aunque sea simplemente para que los tríos no desaparezcan del todo. Se siente heredero de una tradición que no debe morir.

Catarino Sabas Zúñiga, el más joven de los tres, tiene un abultado bigote entrecano. Es originario de Acapulco, Guerrero, y llegó a la plaza un poco más tarde. De los tres, es el que menos viene. Antes de la



Trovadores de la plaza  
Garibaldi



pandemia, además de la plaza, trabajaba en restaurantes por toda la ciudad, en la cantina La 20 de Santa Fe y en el Tapanco en Echegaray, pero con la pandemia dejó de ir a esos lugares. Ya no ha regresado.

La cara de los integrantes del Trío Signo se ilumina cuando discutimos una de las principales razones por las que siguen cargando la guitarra: el romanticismo. Una serenata, dice Sánchez, es el mejor regalo que le puedes dar a una persona amada. Más de una vez, los del Trío se han encontrado con parejas que les recuerdan la ocasión en que cantaron, por ejemplo, durante una pedida de mano. O cuando lograron una reconciliación, en las despedidas de solteros, o durante la fiesta de la boda. Los tríos siempre estarán atados a los momentos significativos de las personas. Ramayo, que tiene el don de la palabra, se pone reflexivo y dice que el romanticismo es algo hermoso porque es una cosa grande que te pega dentro del corazón.

Una persona que ha estado escuchando a los del trío reflexionar sobre su trabajo les pide que canten una canción. Sus figuras, medio abatidas, medio cansadas se transforman cuando toman las guitarras y el requinto, y entre los tres dicen a coro:

Te puedo jurar ante un altar mi amor sincero,  
a todo el mundo le puedes contar que sí te quiero.  
Tus labios me enseñaron a sentir lo que es ternura  
Y no me cansaré de bendecir tanta dulzura...

Sus trinos se esparcen por el mercado y se quedan suspendidos un segundo en la bóveda del techo. La gente de alrededor aplaude y Ramayo hace zigzag con su estado de ánimo y concluye diciendo que esto es lo que ellos hacen, cantarle al amor, aunque para ser sinceros, a veces están decaídos... pero otras les va bien, es decir, han aprendido a vivir en el presente.





# Bajo sexto y acordeón en una plaza de concreto

Los músicos nortños de la Plaza Garibaldi son los portavoces de una gran tradición. La organización que los cobija ofrece precios justos y una buena experiencia musical.

Emma I. Landeros Martínez

## “La Camelia”, “La puerta negra”, “El chubasco”, “Eslabón por eslabón”...

Música norteña, esa que llama a beber otro trago de aire, a olvidarse de los problemas, a afrontar el destino con más ganas. Un acordeón, un bajo sexto, el tololoche o bajo eléctrico, la tarola y una voz fácil de reconocer porque es aguardentosa, ronca y dolorosa son los elementos indispensables que conforman a los grupos norteños, como el conjunto Siniestro, del que es vocalista don Gabriel Hernández Garrido.

El músico, de 70 años, que se distingue por un bigote abundante, viste con tejana negra, camisa blanca, saco amarillo, botas en punta y pantalón negro. Dice que ya perdió la cuenta de todas las canciones que conoce, solo sabe que son muchas; nunca sabe cuál va a ser la que el cliente pida.

Son las 9:00 de la noche de un viernes en la Plaza Garibaldi, en el corazón de la capital mexicana. El grupo Siniestro toca con tesón y alegría algunos acordes para atraer y seducir al posible cliente, mientras la gente camina despacio, paso a paso, y disfruta la diversidad de colores, grupos, olores y ambientes.

Don Gabriel se separa un poco de la bocina que usa Siniestro para conversar. Dice que el grupo toca tres días a la semana en Garibaldi: los viernes, sábados y domingos. Entre 7:00 y 7:30 de la noche el cuarteto se posiciona en la explanada y afina sus instrumentos mientras ofrece al público alguna canción.

— Anímese, joven, ¿cuál canción le cantamos? — les dicen los músicos a quienes pasan por ahí.



Don Gabriel, además de ser el vocalista de Siniestro, toca el acordeón. Se enamoró de este instrumento desde que lo escuchó por primera vez hace varios años. De esa época a la fecha por sus manos han pasado muchos acordeones.



— ¿A cuánto la canción? — pregunta repentinamente un joven que festeja el cumpleaños de su madre junto a su familia.

— A 150, joven; si quiere tres, se las dejo a 120 — responde un músico con la mirada puesta en los ojos del hombre.

Después de cruzar tres palabras más, el músico se acomoda el acordeón y deja escapar las primeras notas de “El palomito”. Sus dedos arrugados, pero ágiles, recorren las teclas de arriba abajo y enseguida le hacen segunda el bajo sexto, el bajo eléctrico, la tarola. Unos minutos después también interpretarán “Paso a la reina” y “Las nieves de enero”.

A veces, los grupos que tocan en Garibaldi interpretan menos de ocho canciones por jornada, por lo que sus ganancias son bajas. Sin embargo, la alegría y el placer que generan el acordeón y la guitarra son inigualables para los amantes del género norteño. Don Gabriel y muchos otros músicos son como juglares contemporáneos y ofrecen gusto y desahogo a quien celebra una dicha o se arranca una pena.

En ocasiones, los asistentes a la plaza ni siquiera voltean a ver al músico norteño que les ofrece una canción. Pasan frente a ellos como



si no existieran, pero Siniestro siempre tendrá una sonrisa que brindar, pues es también uno de sus instrumentos de trabajo.

Cuenta don Gabriel que de las tres noches que trabaja, la primera es la que más resiente. El sueño es pesado e intenta apoderarse de él, pero con un café aguanta el turno completo. Él y sus compañeros recuperan energía con una cena en el mercado de Garibaldi, San Camilito, a eso de la 1:00 de la madrugada. “Luego volvemos a la explanada”, dice. “Siempre cumplimos un horario, haya o no haya clientes. Mañana será la misma rutina”.

Aunque el sueldo de un músico norteño es variable, dejar de tocar no está en los planes de don Gabriel. Además, cada noche de trabajo mantiene la esperanza de que surja un contrato para tocar en una casa particular, pues ello significa tener un ingreso extra a lo que se gana en la plaza. A esto lo llaman ellos “el talón”. En caso de que el grupo sea contratado para tocar fuera de la plaza, la tarifa varía de 2200 a 2500 pesos la hora, dependiendo de la distancia.

Sin embargo, así como hay noches gloriosas en las que Siniestro toca más de 15 canciones y consigue una tocada extra fuera de Garibaldi, hay ocasiones en que no hay ni contrato ni canciones y el grupo vuelve a casa con las manos vacías. Una de las razones de esta incertidumbre es la inseguridad de la plaza. La gente ya no acude como antes.

Garibaldi se localiza en uno de los puntos más conflictivos de la Ciudad de México, a prácticamente unos pasos del barrio bravo de Tepito, y entre calles famosas por ser territorio de asaltos, ejecuciones, extorsiones y narcomenudeo. En la memoria colectiva aún permanece el recuerdo de que, en septiembre de 2018, un grupo de sicarios disfrazados de mariachi ingresó en un restaurante

de la plaza y mató a seis personas. Desde entonces, un aire de intranquilidad se respira entre los visitantes.

### La vida del músico no es segura

“La vida del músico no es segura en ninguna parte”, suspira don Gabriel, pero él no ha dejado de tocar el acordeón y brindar alegría desde hace cincuenta años, cuando a los 20 abandonó su trabajo como auxiliar contable en una empresa para unirse a un grupo norteño, en los años setenta.

A diario, a las afueras del edificio donde laboraba, en Tlalnepantla, Estado de México, escuchaba a tres músicos norteños que tocaban ahí todas las tardes. “Yo pensaba: ‘qué bonita música’. Me llamaba mucho la atención, pero más el sonido del acordeón”.

En la casa del joven Gabriel había un radio donde oía la estación Sinfonola. Por aquella época escuchó por primera vez a Ramón Ayala y Los Bravos del Norte, desde entonces su grupo favorito.

Su sueño de convertirse en músico se cumplió cuando conoció a sus medios hermanos. Tras iniciar una buena relación, ellos lo convencieron de unirse a su grupo musical. En aquel año de 1972, los músicos ganaban en un día lo que él en una quincena. Don Gabriel renunció a su trabajo y se les unió.

En tres meses estaba listo para su primera tocada en el Estado de México, de donde el grupo era oriundo. Luego, un amigo de sus hermanos los invitó a tocar en la Plaza Garibaldi, les dijo que ahí obtendrían más ganancias.



Mientras don Gabriel hace memoria, en la plaza se escucha una canción que dice: "...como a las once se embarca Lupita, se va a embarcar en un buque de vapor...". La interpreta un grupo a unos metros del Tenampa, uno de los restaurantes—cantina más reconocidos de México. Con la balada de fondo, don Gabriel asegura que su llegada a Garibaldi también es la historia de la incursión de los grupos norteros en la explanada de la gran sede del folclor mexicano. Cuando él y sus hermanos llegaron por primera vez a la plaza fueron mal vistos por los otros músicos, que impedían a los grupos norteros tocar allí. Se tenían que reunir en un café de chinos cercano.

**Don Gabriel Hernández Garrido, representante de la Unión de Músicos Norteros, piensa que él y otros músicos de la Plaza Garibaldi son como juglares contemporáneos: ofrecen gusto y desahogo a quien celebra una dicha o se arranca una pena.**

En 1974, finalmente, los norteros comenzaron a tocar en la plaza y cerca del mercado de comida de San Camilito, a un costado de la explanada de Garibaldi. Desde aquel momento y hasta la fecha don Gabriel continúa en Garibaldi.

Los músicos de la plaza tenían una organización que los representa en las gestiones con las autoridades. Don Gabriel se afilió a la agrupación y, en menos de dos años, fue nombrado su representante, cargo que aún ostenta. En aquella época, el gremio del mariachi era el más grande y había absorbido a los grupos norteros. No obstante, la anexión nunca se oficializó en un documento. Ello impulsó a los norteros a formar su propio gremio y hacerse ver. Al separarse de los mariachis, la Secretaría del Trabajo y Previsión Social los tomó bajo su tutela. Con el tiempo, también les extendió licencias para laborar en la Plaza Garibaldi.

La principal propuesta del gremio Unión de Músicos Norteros, que en algún momento reunió a más de un centenar de personas, fue que los miembros tuvieran un fondo para satisfacer sus necesidades mediante el pago de cuotas. También se podría contar con apoyo médico y medicamentos. A su vez, en caso de fallecimiento, la familia del músico podría obtener cierta cantidad de dinero para ayudarse.





Pero con el paso del tiempo, y sobre todo durante la última década, los músicos norteños han mostrado desinterés por pertenecer a un gremio y aportar cuotas. “A ellos solo les interesa trabajar, ya no quieren ser parte de un gremio”, dice don Gabriel.

Los músicos que no quieren afiliarse, pero que buscan un espacio en Garibaldi, prefieren ir directamente a la Secretaría del Trabajo, donde les otorgan la licencia para laborar como músico sin requisito alguno. Eso a don Gabriel le parece un error, los músicos de su Unión deben demostrar que no tienen antecedentes penales y que son trabajadores honrados y honestos. En la Secretaría del Trabajo “no investigan ni garantizan que son personas que la



Músicos norteños de la plaza Garibaldi

llevan bien dentro de la sociedad. Por eso las organizaciones son vitales, son el filtro de la sociedad”, afirma el vocalista de Siniestro.

Otro error, considera don Gabriel, es que algunos grupos norteños ajenos al gremio contraigan compromisos con los partidos políticos que buscan la Jefatura de Gobierno de la Ciudad de México o ganar la alcaldía Cuauhtémoc, a la que pertenece Garibaldi.

Los grupos en muchas ocasiones son solicitados por los partidos políticos. Con frecuencia les han pedido que los acompañen en sus mítines y, a cambio, les prometen que los ayudarán. Don Gabriel siempre se ha negado porque el gremio es genuino. Tiene su propia bandera y no sirve a los políticos. “Nos conducimos solos. Somos autónomos”, dice. Don Gabriel asevera que no importa el partido que esté en el mando: “Si los músicos no se apoyan entre sí, el gobierno tampoco lo hace”.

Un ejemplo es la pandemia de Covid-19 que comenzó en marzo de 2020. Después de ser un gremio de unos cien músicos norteños, hoy solo quedan veinte elementos. Muchos tuvieron que irse y cambiar de oficio, y otros fallecieron víctimas del coronavirus. El gobierno no se les acercó para facilitarles algún tipo de apoyo.

**En ocasiones, los asistentes a la plaza ni siquiera voltean a ver al músico norteño que les ofrece una canción. Pasan frente a ellos como si no existieran, pero el Grupo Siniestro siempre tendrá una sonrisa que brindar, pues es también uno de sus instrumentos de trabajo.**

Don Gabriel tuvo que abandonar su oficio como músico y aislarse en su hogar. En esos meses no percibió ningún tipo de ingreso. Pudo sostenerse con sus ahorros y algún apoyo que le dieron sus hijos. Durante los casi dos años de pandemia, no trabajó y pese a los cuidados, se contagió de Covid-19. “Me salvé del bicho, pero me dejó muy cansado”. Al final, tuvo que volver a la plaza cuando poco a poco comenzaron a reabrirse las actividades turísticas.

#### Norteños “pirata”

Otro de los problemas de los músicos no agremiados es que ellos no respetan ciertas reglas respecto a los precios de las canciones. Por ejemplo, llegan a cobrar la canción hasta en 200 pesos, mientras que la hora la cotizan hasta en 3000 o 4000 pesos.

“Mucha gente llega y pide canciones sin llevar la cuenta. Y a la hora de pagar les presentan unas cuentas de miles de pesos. Cuando quieren reclamar no tienen con quién y se quedan con la idea de que ‘los pinches norteños me estafaron, me robaron’. Eso nos desprestigia a todos”.



Músicos norteños de la plaza Garibaldi



A sus 70 años, don Gabriel reflexiona sobre su vida y sus años en este oficio. “Es muy bonito”; sin embargo, “las desveladas cansan y hacen daño”.

El vocalista de Siniestro tiene hijos que ya son adultos. “Ya se mantienen solos. Una de ellas, la última, pronto terminará la carrera de psicología”. Uno más, el único que siguió sus pasos como músico, falleció a los 42 años a causa del Covid—19.

Por ahora, don Gabriel continuará tocando. Aun así, “ya estoy grande, el virus me dejó secuelas y ya no es lo mismo. Mientras pueda tocar, aquí estaré, pero en algún momento tendré que retirarme”.

Ser un grupo ovacionado durante algunos minutos en la emblemática Plaza Garibaldi lo vale todo. No se necesita ser famoso para ganarse los aplausos. Simplemente, el canto y la música de los norteños es un espectáculo que mucha gente agradece.



“Un café,  
¿quiere  
un café?,  
¿le sirvo un café?”

El café es importantísimo para la vida de una plaza como Garibaldi, que no descansa.

Emma I. Landeros Martínez



# Vender café en la Plaza Garibaldi es ejercer un oficio que requiere

pericia, disciplina y mucho esmero, además de placer por el trabajo. A diferencia de una cafetería tradicional, en donde se cuenta con todos los insumos para servir un café con cierta facilidad, hacerlo en medio de una plaza donde no se tiene a la mano más que un anafre con carbón al rojo vivo, agua hirviendo, vasos desechables y cucharitas plásticas es una verdadera proeza.

Esta hazaña consiste también en tener la habilidad para que nadie resulte quemado a la hora de servirlo, de prepararlo o de entregarlo en la mano del cliente. Mientras en una cafetería se cuenta con la comodidad de una mesa, tazas con oreja, platos para las tazas, jarras cafeteras, servilletas, cucharas de acero, etc.; en la calle todo depende de la pericia del cafetero, que rebasa los límites de la imaginación.

A ello hay que agregar la indumentaria, pues, ante todo —dicen los genios de las ventas— la presentación es una de las cartas mejor valoradas en cualquier comercio. Todo eso lo sabe bien Rosalino García de la Cruz, por eso cada noche que sale a vender café viste filipina blanca y pantalón negro, y nunca le falta su gafete que lo acredita como trabajador no asalariado de la Plaza Garibaldi.

Rosalino vive en la colonia Guerrero, a seis cuadras de su lugar de trabajo. Desde su hogar empuja un carrito como los que se usan en el supermercado, cuya carga es de sobra conocida por ser una estampa tradicional: una olla con agua hirviendo, un anafre, botes de café, de té, de azúcar, de crema, una bolsa grande de pan y una gran sombrilla azul.

“Un café, ¿quiere un café?, ¿le sirvo un café?”, ofrece Rosalino a todo aquel que cruza la explanada de la tradicional plaza. Pocas personas son capaces de resistirse a las delicias de esta bebida, en especial después de ingerir unos tragos de tequila o unas cervezas, o tras un buen plato de la birria tradicional de la plaza.

Rosalino vende café desde hace treinta años en la Plaza Garibaldi. Llega a las 5:00 de la tarde y termina entre las 2:00 o 3:00 de la madrugada. El horario varía según las ventas.

Hoy tiene poco más de cincuenta años. A los 18, salió de Villahermosa, Tabasco, en busca de la aventura en la Ciudad de México. Su tío Feliciano de la Cruz Valencia inició el negocio de la venta de café en la década de 1970. Él convenció a Rosalino de mudarse a la capital y trabajar en el oficio.

En aquella época la Plaza Garibaldi no dormía y la fiesta al son de la música era permanente. A don Feliciano se le ocurrió improvisar una especie de mochila —como de astronauta—, en la que colocó un termo de café caliente que cargaba en sus espaldas.

62



63

“De aquella época a la fecha, los cafeteros hemos hecho tres cambios. Después del tipo ‘astronauta’, mi tío construyó un carrito de herrería y ahí montó una olla de café. Y hace unos diez años comenzamos a usar el carrito tipo supermercado”, explica Rosalino.

La olla del café también ha evolucionado. En sus inicios se usaba una de aluminio, después la cambiaron por una de acero inoxidable porque tiene una tapa que cierra a presión y evita accidentes.

Rosalino inicia su jornada laboral poco antes de las 8:00 de la mañana cuando llega al mercado de la Lagunilla a surtir las materias primas. Poco después regresa a su casa y comienza a organizar y colocar los insumos en su carrito.

A la 1:00 de la tarde empieza a hervir el agua para el café. Aproximadamente, entre 40 y 60 litros, la cantidad depende del día. Tres horas más tarde emprende el recorrido hacia Garibaldi. Aunque son solo seis cuadras, la carga que lleva lo obliga a tener mucho cuidado y a moverse despacio, sobre todo el agua hirviendo.

## Café o té... a 10 pesos el vaso

“Antes me quedaba en la plaza hasta las 5:00 de la mañana. Ahora, a la 1:00 o 2:00 de la mañana la explanada ya está vacía. Nuestros clientes muchas veces son las mismas personas que trabajan en los establecimientos, los mariachis y los que llevan a los clientes a uno u otro restaurante”, señala.

Cuando los paseantes salen de los restaurantes lo primero que ven es el carrito de Rosalino, pues se distingue por su sombrilla gigante. Es de madrugada, y en una de las esquinas de la plaza se nota un





grupo de ocho patrullas. “Eso —la seguridad— provoca que llegue un poco más de gente a Garibaldi y hay más posibilidades de vender más”, comenta Rosalino, quien, cuando le va bien, en una jornada gana entre 300 y 500 pesos. “Aunque hay que invertir en los insumos del día siguiente”, acota.

Desde hace diez años los cafeteros de la plaza no han subido el precio de su producto. Café o té, se vende a 10 pesos el vaso. Esta es su manera de enfrentar la crisis y la inflación. Además, saben que también compiten contra el café de los Oxxo y tiendas similares.

En Plaza Garibaldi hay diez personas que trabajan como cafeteros. Todos pertenecen a un gremio cuya función es mantener en regla y vigente la credencial, expedida por la Secretaría del Trabajo, que les permite laborar de manera legal en el sitio.

Para vender café en la plaza antes solamente bastaba arreglarse con las autoridades de la delegación.

**A diferencia de una cafetería tradicional, que cuenta con todos los insumos para servir un café con cierta facilidad, hacerlo en medio de una plaza donde no se tiene a la mano más que un anafre con carbón al rojo vivo, agua hirviendo, vasos desechables y cucharitas plásticas es una verdadera proeza.**

Con el tiempo, en el año 2000, se creó un frente de vendedores, cuyo cometido fue mantener el área de trabajo en Garibaldi. Sin embargo, 12 años después, en octubre de 2012, el gobierno de la Ciudad de México instauró el operativo “Cero tolerancia contra el comercio ambulante y la venta de alcohol adulterado”. En aquel momento las autoridades capitalinas informaron que la medida era para combatir la delincuencia y la venta de bebidas adulteradas.

Entre otros, el operativo provocó que corrieran a Rosalino y a otros trabajadores no asalariados, como los “botelleros”, quienes vendían alcohol en la explanada. “El gobierno de la ciudad ya no quería más ambulantes y apagó fiesta”, narra el cafetero.

Por el cierre de su fuente de empleo, los cafeteros empezaron a tocar puertas y así llegaron a la Secretaría del Trabajo. “Durante un año estuvimos intentando convencer a la dependencia de que permitieran volver a los cafeteros y lo logramos”, expresa Rosalino.

Para que el grupo de cafeteros regresara a la plaza, obtuvo una licencia con el compromiso de crear una cooperativa y ser parte del fomento al empleo de la Secretaría del Trabajo. Así nació la Cooperativa No Asalariada de Cafeteros, S. C. de R. L. de C. V.

**“La temporada más difícil fue la pandemia”**

Son cerca de las 10:00 de la noche. Rosalino hace una pausa. Suspira. Voltea a ver la plaza que en ese momento comienza a percibir más visitantes. “La temporada más difícil fue la pandemia”, dice de pronto.

Durante casi dos años, Rosalino, sus compañeros, los músicos, así como casi todo el planeta, tuvieron que suspender actividades.

Él regresó a su natal Villahermosa en aquellos días aciagos. Volvió para trabajar en el campo, en la milpa. Salía a pescar en las lagunas. Trabajó un poco en la albañilería para ganar el pan diario. Estuvo en su pueblo ocho meses, regresó a la Ciudad de México cuando la plaza comenzó a abrirse poco a poco.

“Es muy difícil ser comerciante. No se tiene un sueldo fijo, mucho menos prestaciones ni servicio médico, y ni imaginar un aguinaldo. Todo eso tenemos que sacarlo por medio de nuestras ventas. Un ejemplo es la época de lluvias. Es muy posible enfermarse y hay que sacar dinero para ir al médico, para los medicamentos, porque no tenemos seguro”.

Por ello, cuando las vacas están gordas, el cafetero aprovecha para ahorrar un poco de dinero. Por ejemplo, todos los años la situación mejora a partir de septiembre. Desde el 15 y hasta mediados de diciembre hace frío, y ese clima favorece la venta de bebidas calientes. “A veces solo descansamos cuatro o cinco horas al día. En esa época aprovechamos para sacar una buena ganancia”.

**A la 1:00 de la tarde, Rosalino empieza a hervir el agua para el café. Aproximadamente, entre 40 y 60 litros, la cantidad depende del día. Tres horas más tarde emprende el recorrido hacia Garibaldi. Aunque son solo seis cuadras, la carga que lleva lo obliga a tener mucho cuidado y a moverse despacio, sobre todo por el agua hirviendo.**

Florencio García de la Cruz también es cafetero. Es hermano de Rosalino, trabaja desde hace 31 años en la plaza y se considera un testigo de los grandes y malos momentos de Garibaldi. Habla de la prohibición de vender alcohol en la plaza, de las remodelaciones, de la violencia, en especial del año 2018, cuando hubo una matanza en la plaza.

“Aun con esta tragedia a cuestas no dejamos de mover el carrito. Doy varias vueltas a la plaza vendiendo café. Nuestro mayor anhelo es que haya más turismo, que venga más gente”, expresa Florencio.





Cafeteros de la plaza Garibaldi



Con expresión nostálgica, Florencio extrae de una bolsa de plástico unas fotografías que dan cuenta de años y tradiciones pasadas. En otras épocas, como grupo, los cafeteros participaban en la limpieza de la explanada, en los honores al lábaro patrio y en la peregrinación a la Basílica de Guadalupe el 12 de diciembre. Eso se ha acabado con el paso del tiempo, pero también por los desencuentros y las divergencias con otros comerciantes.

Ahora, como el resto de sus compañeros cafeteros, Florencio agradece haber sobrevivido a la pandemia, tener fuerzas para seguir adelante con su negocio y, como cualquier persona que transita las calles de la Ciudad de México, librarse de la delincuencia y el crimen.

“Sigo encomendándome a Dios cada vez que regreso a mi casa porque debo caminar con mi mueble”, concluye. “Estoy agradecido porque, aunque esta es una zona de cuidado, hasta la fecha no me han asaltado. Tal vez porque ya me conocen”.

En Garibaldi, el cafetero, junto a su carrito, es una cafetería andante que forma parte del paisaje. Un respiro, un trago de vida, una pausa en medio de la algarabía. El vendedor de café descansa un solo día a la semana, los demás los dedica a servir y servirse de una bebida que para subir sus ánimos y los de la mayoría de la gente.



# Instrucciones para sacar brillo a un zapato

Los aseadores de calzado son parte fundamental del tejido urbano. Aunque el oficio ha estado amenazado por el cambio de las modas y el Covid–19, su presencia en las calles convoca una gran historia de tradiciones ciudadanas, resistencia, honorabilidad y amor por el trabajo bien hecho.

## “Antes que nada, hay que aplicar el jabón de calabaza.”

Venga sucio o venga limpio el zapato, no importa: hay que respetar el ciclo. Se echa el jabón con un poco de agua para remover impurezas y humectar la superficie. Se cepilla parejo para que entre bien y bonito el color. Yo uso cinco tintas: negro, café, azul, vino y miel. Si de repente llegan unos zapatos de color extravagante y yo no tengo el tono, puedo sacarle color con pura crema: a trapazo limpio. Hay maña en este oficio, no se crea usted. Cada uno tiene su técnica. Solo una vez me pasó que manché de tinta un pantalón. Eso no debe pasar: es muy vergonzoso. El cliente, además, ya no regresa”.

---

Cientes son lo que falta cada día. José Alfredo Lemus lleva cuatro horas en espera de alguno. Aburrido, lee un ejemplar de ayer del periódico *Milenio*. A su alrededor hay un enjambre de personas que van y vienen al ritmo del silbato de un oficial de tránsito; gente que sube y baja de taxis o autobuses, señoras en la fila de los tamales, familias haciendo bola en el semáforo u oficinistas corriendo con algún folder bajo el brazo. No pasan de las 10:00 de la mañana afuera del Metro Pino Suárez. En promedio, unas treinta mil personas deberían entrar y salir cada día de esta estación, sin contar a las otras miles que llegan por otros medios. Pero desde hace dos meses la Línea 1 del Metro está fuera de servicio por obras de remodelación.

“La gente ahora llega en camiones, dos calles más adelante”, se queja. “Y, como el camión es más lento que el Metro, llegan con prisa. Ayer hice seis boleadas nomás, 150 pesos. Apenas para los pasajes y unos tacos”. Agrupados en torno a la Unión de Aseadores de Calzado del Distrito Federal, en la capital trabajan miles de boleros que ofrecen sus servicios de limpieza, entintado y encerado de zapatos. Equipados con trapos, bandas, cepillos, brochas, pinceles, cremas, ceras, grasas y tintas, quienes pertenecen a la Unión se distinguen también por su uniforme azul marino y su mueble reglamentario que les permite trabajar con más comodidad que quienes limpian y bolean calzado en un cajón a ras de piso.

“Todavía hace cinco años hacía veinte boleadas en un mal día, hasta cincuenta si era lunes”.

Los tiempos no son amables. El ritmo de la moda ha impuesto que unos tenis Converse o unos *sneakers* sean más apreciados hoy que unos zapatos de charol o de ante. Pocas oficinas aún exigen etiqueta estricta. La piel sintética se apoderó del mercado y, por si fuera poco, la pandemia de Covid-19 vació las calles de gente y millones de trabajadores se mudaron a los espacios domésticos donde cualquiera puede trabajar en pantuflas.



“Yo vivo en Texcoco, por el kilómetro 26”, cuenta Lemus mientras bolea las botas tipo Bristol de un oficinista. “Salgo de mi casa a las 4:30 de la mañana. Agarro dos peseros, hago unos cuarenta minutos para acá. Y digo que los ‘agarro’ porque en serio hay que agarrarse: a esa hora ya vienen hasta el gorro y pues no cabe uno. Desde las 6:00 de la mañana estoy aquí, hasta las 5:00 de la tarde”.

**Nos dicen que estorbamos en la vía pública o que somos contaminación visual. Eso es un insulto: es discriminación. A cada rato tenemos que enviar delegados para que las autoridades dejen de acosar a los compañeros.**

Lemus lustra calzado desde que era un niño de 7 años en Veracruz. A la capital llegó a los 13 a mendigar comida de los restaurantes. Desde hace 39 pertenece a la Unión y desde hace 20 se mantiene aquí, afuera del Metro Pino Suárez, a unas cuantas cuerdas del Zócalo de la Ciudad de México. Dice que asear calzado es un oficio que a él no nada más le permitió sobrevivir, sino incluso comprar un terreno propio y darles educación a sus cuatro hijos. Pero hoy Lemus está considerando con seriedad la opción de irse temprano a casa por primera vez en mucho tiempo. Difícilmente llegará otro cliente: es agosto y el cielo anuncia un aguacero.

“Después de la tinta viene la crema. Aunque muchos no usan crema sino carnauba. La carnauba es una palma de Brasil que produce una cera muy resistente. Se usa para pulir pisos, coches y hasta tablas de surf. Si no usas cera o crema, la tinta se vuelve ceniza, luego luego se nota la diferencia entre la tinta y el color de tu zapato. Hay que usarla y aplicar después una cepillada uniforme. Si no cepillas parejo, no le podrás sacar brillo. El brillo es importante. ¿Por qué? Porque si usted va a una entrevista de trabajo, el empleador lo va a mirar de la cabeza a los pies. De-la-cabeza-a-los-pies. El último lugar donde el empleador va a posar sus ojos es la punta de su zapato. Y si su calzado tiene brillo, pues ya tiene usted un poco de ventaja, ¿me entiende? A todos nos gusta lo que brilla. Es algo psicológico. Pero el brillo del zapato es algo barato, cualquiera puede aprender a sacarlo en su casa. Darse un tiempito para sacarse brillo es como hacerse un regalo a uno mismo: un detalle. Hoy ya no se estila cuidarse. Antes

Aseadores de calzado

era un asunto de dignidad. Incluso nosotros los jodidos decíamos: ‘pobre, pero a la línea’.

---

Todavía en 2018, Víctor Miguel Pérez Serrano afirmaba que la Unión de Aseadores de Calzado del Distrito Federal contaba con más de cuatro mil agremiados. Hoy asegura que no pasan de los 1 800.

“Incluso menos, 1 500, si me apuras”, suspira. “Una buena parte de nuestros miembros son de la tercera edad, gente que migró a la ciudad hace décadas. Con la pandemia sabemos que muchos regresaron a sus estados. Pero no sabemos cuántos murieron... solo ya no los localizamos”.

Víctor Miguel es el secretario general de la Unión. A sus 59 años es un sujeto enérgico, de voz potente. Su brazo izquierdo luce dos tatuajes pequeños: un alacrán y un Mickey Mouse. Como todos, llegó a este oficio por necesidad, quería contribuir con el gasto del hogar. A sus 16 años fue aceptado como chalán de otro aseador de calzado en Metro Taxqueña y poco a poco aprendió el arte de lustrar el cuero y la gamuza. En 1982 se integró a la Unión y gestionó su propio mueble: una silla y una estructura elevada para no tener que trabajar encorvado todo el día, lastimándose la espalda y el cuello.

“No sabía nada de cómo estaba conformada la Unión. Apenas estaba empezando. Fue hasta el 88 o en el 89 cuando me invitaron a participar como delegado”.

La Unión de Aseadores de Calzado del Distrito Federal se divide en un puñado de comités –de Honor y Justicia, de Propaganda, de





Fondos Médicos, de Organización, de Vivienda, de Legislación, etc., cada uno distribuido en 48 sectores territoriales extendidos por las 16 alcaldías de la ciudad. Cada comité requiere al menos de un secretario, un par de secretarios interinos y uno o dos delegados responsables de mantener en orden cada sector territorial: que todos los miembros estén uniformados y mantengan su mueble en buen estado, que su licencia esté vigente, que la policía o los inspectores de las alcaldías no busquen multarlos o retirarlos, que cualquier conflicto con algún otro gremio que ocupe la calle se resuelva de forma pacífica...

La Historia de la Unión se remonta a 1941, cuando Manuel Ávila Camacho expide por primera vez al gremio de aseadores de calzado una licencia para trabajar en vía pública. Desde entonces, la organización gremial les ha permitido a los boleros obtener beneficios, algunos autogestionados, otros pactados con el gobierno en turno.

“¡Mira nada más qué chulada!”, dice Víctor Miguel mientras revisa su archivo histórico: una caja de cartón repleta de documentos y recortes de viejos periódicos. “Míralos, más elegantes que cualquier fulano de ahora”.

En sus manos sostiene una fotografía en blanco y negro. Calcula que data justo de los años cuarenta. En ella un pequeño grupo de boleros posan para la cámara. Llevan pantalones bombachos, chamarra de cuero, un sombrero. Todos derrochan un estilo desenfadado y un porte “pachuco”. Sus zapatos brillan tanto como la vaselina de su cabello.

Víctor Miguel muestra otra foto donde cientos de boleros, igualmente uniformados, posan detrás de una banda de guerra con el entonces secretario general de la Unión: David Betancourt Ortega.

“Este es un evento del PRI”, cuenta. “Nosotros éramos priistas, ¿eh? Seguimos siendo priistas. Para nosotros las cosas son cada vez más difíciles desde que la izquierda gobierna la ciudad. Cuando gobernaba el PRI, nosotros éramos su ‘borregada’, vamos a decirlo así. Íbamos a desfilan el 1 de mayo, al Día del Trabajo... hasta recibíamos al presidente en el aeropuerto cuando llegaba de sus giras”.

A cambio, Betancourt negociaba con el gobierno capitalino hasta cinco mil uniformes para toda la Unión, por ejemplo. O mejor mobiliario y más espacios en la ciudad; regalos para el Día de Reyes o Navidad. Todo cambió, insiste Víctor Miguel, cuando el PRD llevó a la jefatura de gobierno de la capital a su candidato, Cuauhtémoc





Cárdenas, quien renunciaría a su puesto para buscar de nuevo la presidencia en 1999: el mismo año que muere David Betancourt.

“Fue entonces que asumí el puesto de secretario general”, recuerda Víctor Miguel. “Y desde entonces noté que crecía un acoso hacia la organización. Nos dicen que estorbamos en la vía pública o que somos contaminación visual. Eso es un insulto: es discriminación. A cada rato tenemos que enviar delegados para que las autoridades dejen de acosar a los compañeros. Desde hace años nos quieren cobrar la licencia que siempre hemos tramitado de manera gratuita: que paguemos impuestos, nos dicen. Como si no supieran lo que realmente ganamos. En el fondo todo es eso: que nosotros no nos mochamos por usar la calle como sí lo hacen los comerciantes, por ejemplo”.

Aseadores de calzado

— — —

“Me salí de mi casa a los once años. En el 58. Ya estaba Adolfo López Mateos de presidente. Vivía en Guadalajara, Jalisco. Me salí porque mi papá no se ocupaba de nosotros: nos traía descalzos y a mí me daba coraje. Y descalzo me vine a la capital. Fui a parar al Internado número 1, donde nos daban uniforme, comida, educación. En aquel entonces no existían los mercados de la Merced, no había tanto comercio como hoy. Pero había muchos niños de la calle y muchos aprendimos a ganarnos el pan así: cargando nuestro cajoncito para todos lados y limpiando zapatos. Yo ahora estoy cumpliendo sesenta años como bolero, pero fue hasta 1967 que me convertí en un aseador de calzado establecido: con mi silla y mi mueble. Tengo ya 32 años trabajando aquí en Circunvalación y República del Salvador. No es fácil. Mire, por ejemplo, señor, cómo me tiemblan las manos. Es por este trabajo. De puro andar cepillando y puliendo todo el día es que te queda esta temblequera. Hay algunos de nosotros que quedan todos encorvados para siempre, de tanto recargar la cabeza y la espalda en el calzado. O se enferman de las vías respiratorias de tanto respirar los solventes de nuestros productos”.

— — —

Los aseadores de calzado de la Ciudad de México se reivindican no solo como prestadores de servicios: se consideran parte del paisaje y la historia de la capital del país. Están convencidos de que su oficio es algo tradicional, una parte del folclor urbano.

Germán Valdés, Tin—Tan en *El Revoltoso* (1951) y Mario Moreno, Cantinflas en *El Bolero de Raquel* (1957) convirtieron a los boleros de barrio en protagonistas carismáticos del cine. Las historietas de Memín Pinguín narraban las aventuras de un niño bolero afroamericano. Todavía hoy, en los anuncios gubernamentales, suelen aparecer los lustradores de calzado como elementos de color local.

El archivo fotográfico de los hermanos Casasola guarda los primeros registros visuales del gremio en la ciudad. Una fotografía fechada en 1908 retrata a William Hearst —un empresario estadounidense dueño de varios medios de comunicación— afuera de un edificio. A su izquierda, un niño de unos diez años lo mira con cautela, uniformado con overol, cachucha y un pequeño cajón que cuelga de su mano. A partir de entonces, los boleros aparecen en cada escenario urbano digno de ser fotografiado. Afuera de las boticas en plena guerra revolucionaria, lustrando botas de sombrerudos y bigotones zapatistas, dando grasa a las botas de los soldados afuera de la Ciudadela, en mítines frente a oficinas sindicales, saludando a

presidentes y secretarios de Estado en desfiles, trabajando afuera de billares y cabarés. Siempre a pie de calle.

Todavía hoy, cada tanto, aparece alguna nota en algún periódico que los retrata como una curiosidad pintoresca: personas sin mucho que decir, despolitizadas y atrapadas en un tiempo deslavado como los organilleros, los afiladores de cuchillos o los vendedores de merengue.

Existe una fotografía fechada entre 1930 y 1935 que muestra a un centenar de boleros y voceadores en plena protesta frente al edificio del periódico *La Prensa*. En la foto aparecen varios niños y hombres de rasgos indígenas o afrodescendientes, todos varones. Algunos levantan su cajón tradicional en alto, como si fuera un trofeo o una bandera; otros se han trepado a las ventanas y cuelgan de ellas como si estuvieran a bordo de un tren que está a punto de marcharse. Debe de ser el primer registro de los aseadores de calzado articulando demandas colectivas.

“Después de ponerle tinta a veces le echamos fuego al zapato, con un poco de gasolina blanca. Luego los clientes nos lo piden: ‘échale fuego, ¿no?’. Les debe de caer en gracia eso de ver una flamita en la punta del zapato, pero mire usted, yo sí lo desaconsejo. Porque la tinta es inflamable y se le quemán todos los hilos y ahí va estar usted en unos días con sus zapatos todos descosidos. Yo sólo lo recomiendo cuando el zapato venga mojado por la lluvia o cuando el

**Los aseadores de calzado de la Ciudad de México se reivindican no solo como prestadores de servicios: se consideran parte del paisaje y la historia de la capital del país. Están convencidos de que su oficio es algo tradicional, una parte del folclor urbano.**

cliente quiere cambiar de color. Además, el fuego tiene que echarse antes de la cera porque si le pone fuego a la cera, pues sí le va a sacar buen brillo, pero se le va a hacer costra, porque la cera se derrite”.

Noviembre, 2018. Noticias con Ciro Gómez Leyva, Imagen Televisión:

“Como si le faltara movimiento a este martes, una protesta muy vistosa se dio en el Centro de la Ciudad de México [...]. Varios representantes de las tradiciones de la capital se manifestaron hoy en su lugar de trabajo: la calle. Boleros y limpiabotas, organilleros, músicos de plaza



[...]. Todos en contra de la intención del Congreso de la Ciudad de México de cobrarles impuestos y cobrarles también la expedición de su licencia de trabajo que desde hace décadas reciben gratis”.

Entre mariachis y organilleros que ayudaron a crear escándalo, aquel día la Unión mostró un poco de su músculo y marchó hacia la Cámara de Diputados, hacia el Senado de la República y hacia el Congreso capitalino.

“Llevamos más de trescientos agremiados: fuimos el contingente más grande”, cuenta Víctor Miguel Pérez Serrano, el secretario general de la Unión. “Todos uniformados y con nuestra banda de guerra al frente”.

Víctor Miguel habla ahora desde las oficinas centrales de la Unión de Aseadores de Calzado del Distrito Federal: un bodegón de techos altísimos en la calle República de Colombia en el Centro de la ciudad. Al fondo un retrato de Adolfo López Mateos cuelga de la pared junto a fotografías históricas de la organización. Hay un teléfono que parece salido de principios del siglo pasado, torres de papeles, una mujer que aporrea una antigua máquina de escribir.

“Aquel día nos recibieron los diputados, prometieron que trabajarían en ello”, se queja Víctor Miguel. “¿Sabes qué hicieron? No hicieron nada. Ya se acabó la legislatura y tendremos que regresar a recordarles a los nuevos legisladores que este tema está pendiente”.

Actualmente, todo trabajo que se realice en la calle constituye un trabajo no asalariado, según reconoce la Constitución de la Ciudad de México. El Congreso capitalino acumula más de una docena de iniciativas para crear una ley que garantice a estos gremios su derecho al trabajo, el acceso a seguridad social, créditos de vivienda y que, además, procure ordenarlos en el espacio público.



Aseadores de calzado



“Cada año perdemos más espacios”, acusa Víctor Miguel. “En el sector de Circunvalación antes teníamos hasta trescientos compañeros. Hoy no llegan a treinta. Antes trabajábamos frente a Palacio Nacional. ¡Imagínate qué logro estar ahí! ¡Qué honor! Pues nos quitaron y reubicaron en otras calles. Ahora el Centro Histórico está cada vez más disputado: nunca faltan las amenazas de uno o de otro grupo”.

Cada día son más las personas que abrazan el trabajo informal en las calles. En 2020, en la capital existían 1 218 000 personas trabajando en la informalidad; con la pandemia, la cifra aumentó 14% para finales de 2021, según la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). Los choferes y repartidores de aplicación han pasado a engrosar estas filas mientras otros gremios, como las trabajadoras del hogar o los vagoneros del Metro, han comenzado a exigir derechos y organizarse.

“La Unión cobra 50 centavos diarios de cuota a nuestros agremiados. Son 15 pesos mensuales, 180 pesos al año”, dice el secretario general de la Unión de Aseadores de Calzado”. Eso les otorga el derecho de consultas médicas gratuitas y medicamentos cuando haga falta.



Actualmente apoyamos con una jubilación a unos trescientos compañeros que por la edad ya no pueden trabajar y pagamos servicios funerarios cuando alguien muere. Gestionamos con empresas privadas la donación de uniformes y lonas para nuestros muebles. En algún momento llegamos a tener un comedor. Aquí mismo, en la segunda planta de este edificio, tú podías comer por no más de 10 pesos. Pero el inmueble se dañó con los sismos y tampoco nos da ya la economía. Sin apoyo real de las autoridades, de a poco las cosas se van acabando: estamos en peligro de extinción”.

Actualmente apoyamos con una jubilación a unos trescientos compañeros que por la edad ya no pueden trabajar y pagamos servicios funerarios cuando alguien muere. Gestionamos con empresas privadas la donación de uniformes y lonas para nuestros muebles. En algún momento llegamos a tener un comedor. Aquí mismo, en la segunda planta de este edificio, tú podías comer por no más de 10 pesos. Pero el inmueble se dañó con los sismos y tampoco nos da ya la economía. Sin apoyo real de las autoridades, de a poco las cosas se van acabando: estamos en peligro de extinción.

---

“Bolear es lo más fácil. Cualquiera lo hace. Solo hay que respetar el ciclo: lavar, secar, entintar, cepillar, encerar, lustrar, dar grasa y sacar brillo. Fin. De mi papá, que también fue bolero, yo aprendí que no se trata solo de ofrecer un servicio, sino de brindar una atención. Yo le puedo decir que por este oficio he conocido a muchísima gente: personas que uno agradece haber conocido, por su calidad humana, no porque sean ricos o famosos. Este es un oficio de equilibrio y hay que tener sapiencia para brindarle al cliente eso. No solo se trata de sacar brillo, sino de saber escuchar y ofrecerle al cliente confianza, un descanso, un consejo, un sosiego, aunque sea mínimo. Yo cobro 25 pesos por boleada, pero el valor de mi trabajo no es económico. Ese es el equilibrio: volver a visualizarnos como personas, ¿me entiende? Recordarle al cliente que él y yo valemos lo mismo. No hay nada más honorable que eso. Yo digo que hay que ponerle amor a todo, pero sobre todo al trabajo. Si no, dígame usted, ¿para qué se alquila uno?”.





Artisanos de la plaza  
Garibaldi

# El trabajo cotidiano de los artesanos de la Plaza Garibaldi: entre la precariedad y la renovación

Los artesanos en la Plaza Garibaldi deben lidiar con duras condiciones laborales y la criminalización del trabajo informal.

Francisco Sebastián Ramírez



## A las cinco de la tarde en Garibaldi el ambiente era tranquilo. No había

mucha gente en las famosas cantinas que rodean la plaza. En el Guadalajara de Noche alguien cantaba, pero el lugar estaba casi vacío. En el Tenampa pusieron algunas mesas al aire libre, pero ninguna de ellas estaba ocupada. Por allá se escuchaban algunas canciones que practicaban unos mariachis, cerca de la imagen de santa Cecilia, la patrona de los músicos. Diversos comerciantes ocupaban la plaza, algunos vendían dulces, chicles y cigarros en pequeñas cajas de madera que llevaban colgadas con una cinta en el cuello. Otros vendían pan y café en bicicletas o en carritos de súper. A esa hora comienza la jornada de un grupo de artesanos, quienes, como Claudio Mendoza, trabajan todos los días en la plaza. Claudio es un hombre alto y delgado, un poco canoso. Iba vestido con un traje gris de tres piezas y una camisa rosa. También estaba peinado con gel, sus zapatos estaban bien lustrados y hablaba con mucha propiedad. Claudio trabaja todos los días, o, mejor dicho, todas las noches en la Plaza Garibaldi. Al igual que sus abuelos y sus padres, llegó desde el municipio de Ixtlahuaca en el Estado de México. Tenía apenas 12 años. Fueron ellos quienes le enseñaron a tejer y a elaborar las piezas que vende. Se trata de textiles: sarapes, gorros, guantes y bufandas.

Ese día entregaría una pieza que una clienta le pidió por encargo. Le tomó dos semanas terminarla. Quizá pudo acabarla un poco antes, pero su trabajo cotidiano en la plaza le impedía hacerse un espacio para concluirlo de una vez.

La jornada de Claudio transcurre durante la noche. Comienza a las 5:00 de la tarde y termina a las 5:00 de la mañana. Es el horario que más le conviene. En general, el ambiente que se genera gracias a los visitantes y turistas que buscan escuchar algo de mariachi o a los clientes de las famosas cantinas que se encuentran alrededor comienza un poco más tarde, como a las 10:00 u 11:00 de la noche.

Todo el tiempo se mantiene de pie, lleva sus piezas en el hombro y las ofrece a las personas que pasean por la plaza.

Los ingresos de Claudio dependen por completo de la venta de sus piezas. Entre ellas, los sarapes son de las más solicitadas. Las vende en 300 pesos, aunque el costo de producción (entre materiales y mano de obra) es de 180 pesos en promedio. En un buen día vende diez, pero eso parece ser una situación poco usual. “Es muy variable, aquí no hay un día que sea el bueno”, afirmó Claudio. Ni siquiera los fines de semana o en días festivos, como el Día de la Independencia o el Día de santa Cecilia, cuando la plaza está llena, las ventas están garantizadas. Claudio había vendido tres sarapes el día anterior, pero hay semanas en las que durante varios días no vende ni uno.

Vive al día y sus ingresos apenas son suficientes para cubrir sus gastos. Aunque tiene familia, hace años que se separó de su esposa. Tiene seis hijos, muchos de ellos ya son mayores y trabajan por su cuenta. Solo su hija la más pequeña, a quien manda dinero para sus gastos, sigue estudiando la secundaria. También debe pagar el alquiler (de alrededor de 3000 pesos mensuales) del cuarto donde él





Artesanos de la plaza Garibaldi





vive en el Centro Histórico y sus gastos diarios de alimentación. A veces come en un puesto de quesadillas: “se ponen ahí, pero hoy no vinieron por la lluvia” me dice mientras señala al lugar. Otras veces come en el recién remodelado mercado de comida San Camilito. Ahí

**Los ingresos de Claudio Mendoza, vendedor de artesanías en la Plaza Garibaldi, dependen por completo de la venta de sus piezas. Entre ellas, los sarapes son de las más solicitadas. Las vende en 300 pesos, aunque el costo de producción (entre materiales y mano obra) es de 180 pesos en promedio. En un buen día vende diez, pero eso parece ser una situación poco usual.**

se ofrecen platillos como pozole, mariscos, carnitas, barbacoa, pancita, entre otros; él come la comida corrida, que cuesta sesenta pesos. No cuenta con ningún tipo de seguridad social, así que cuando se enferma acude a consultorios de farmacias en donde se ofrecen consultas gratuitas.

Estas condiciones de trabajo se tornaron aún más precarias con la crisis de salud provocada por la pandemia de Covid-19. Con los cierres de establecimientos y las restricciones de uso de espacios públicos, los artesanos no pudieron salir a trabajar y sus ingresos se vieron severamente afectados. Si bien el gobierno local les otorgó ciertos apoyos monetarios, no fueron suficientes para hacer frente a la eventualidad de manera prolongada. Al inicio tomaron préstamos con familiares y amigos, pero no pudieron mantener la situación, por lo que se vieron en la necesidad de salir de nuevo a trabajar aun cuando los contagios seguían al alza y no había vacunas disponibles.

Lamentablemente, algunos de los compañeros artesanos de mayor edad fallecieron por complicaciones asociadas a la enfermedad. Además de eso, Claudio y sus compañeros artesanos han tenido y siguen teniendo que lidiar con la persecución y criminalización del comercio ambulante en la Ciudad de México. Claudio y don Epifanio Sánchez, un hombre de unos 50 años de edad, alto y moreno, quien también es artesano desde hace tres décadas y cuenta, como Claudio, con licencia de trabajador no asalariado, recuerdan que en la década de los ochenta las autoridades delegacionales, los “inspectores de vía pública”, solicitaban permisos para que los vendedores pudieran trabajar. Esos permisos los otorgaba la delegación. Cada comerciante





debía pagar una cuota y a cambio recibía un talón que los amparaba de detenciones. Sin embargo, este permiso tenía poca importancia a la hora de enfrentarse con las autoridades. Los artesanos y otros vendedores de la plaza eran constantemente acosados por policías y las autoridades delegaciones, quienes les pedían dinero a cambio de no ser detenidos o decomisar sus mercancías.

Este tipo de persecución y agresiones persisten y recientemente se han agudizado ante el desarrollo de proyectos de renovación de espacios públicos impulsados por el gobierno local. Claudio y don Epifanio comentaron que su trabajo se entorpeció de diversas maneras durante la renovación de la plaza. En primer lugar, los trabajos y las obras impidieron el uso de la plaza de manera regular. Al inicio, los artesanos y otros trabajadores de Garibaldi tuvieron que replegarse hacia las orillas, pero cuando comenzaron las obras de nivelación del piso y la construcción del Museo del Tequila y el Mezcal (MUTEM) debieron dejar de trabajar durante varios meses.

La operación y estructura del MUTEM son aspectos que los artesanos y otros trabajadores de la plaza tampoco percibieron en términos positivos. Don Epifanio me platicó que antes, en la década de los noventa, existía un paríán, una estructura con arcos que facilitaba el acceso a la plaza, ya que los peatones y automovilistas podían verla desde el Eje Central. Al mismo tiempo, ofrecía protección del sol y en épocas de lluvia los trabajadores de la plaza podían refugiarse ahí, pero ahora el techo del museo no es suficiente, el espacio es pequeño y se producen aglomeraciones. Además, en ocasiones los encargados del museo no permiten que los vendedores se acerquen a los usuarios o no permiten que coloquen sus mercancías en los alrededores. Ahora tienen que refugiarse en unas sombrillas que se colocaron tras la remodelación de la plaza, pero la realidad es que su diseño parece cumplir más una función estética que práctica. Las sombrillas son muy altas y angostas. Con el viento, en realidad no ofrecen protección de la lluvia.

Otro de los obstáculos que afrontaron tiene que ver con las reglas de uso del espacio que las autoridades implementaron después de la remodelación de la plaza. Los artesanos me platicaron que la principal atracción de Garibaldi era ir a escuchar a las agrupaciones de mariachis y a las cantinas. El consumo de bebidas alcohólicas estuvo permitido en la plaza hasta el 2012, incluso había “botelleros” que las vendían. Eso contribuía a que se generara un ambiente festivo y muy atractivo para la venta tanto de los artículos textiles como de los productos de otros comercios alrededor. Sin embargo, un nuevo reglamento de octubre de 2012 prohibió el alcohol en la calle. Esto afectó a los artesanos y otros trabajadores de diversos modos. Por un lado, la clientela y las ventas bajaron. Por otro lado, con la prohibición



de bebidas alcohólicas, diversas autoridades públicas, tanto delegaciones como de la policía de la ciudad, detenían a los trabajadores argumentando que los artesanos contrabandeaban las bebidas.

La criminalización y estigmatización de los sectores populares, y en particular del comercio ambulante, han sido aspectos que han acompañado de manera muy estrecha este tipo de proyectos de renovación urbana en las últimas décadas. En la literatura sociológica y antropológica sobre el tema diversas investigaciones han documentado y enfatizado las consecuencias negativas de estos procesos. Los proyectos de renovación de sitios históricos como este no solo han implicado fuertes golpes a las condiciones materiales y de subsistencia de grupos como los artesanos, sino que también han significado la propagación de discursos que culpabilizan a los sectores populares de problemas como la inseguridad o el desorden urbano.

Proyectos como el de la renovación de la Plaza Garibaldi implican una serie de violencias que recaen sobre los grupos de trabajadores informales. Estos proyectos buscan ajustar y domesticar los espacios y a sus usuarios a las necesidades, prácticas de consumo y visiones morales de sectores privilegiados y las élites urbanas. De hecho, en el caso de los artesanos, Claudio comentó que usar uniforme es una estrategia que él y sus compañeros han adoptado para proyectar una buena imagen, para estar “bien presentables”. Dijo que antes la gente lo percibía con cierta extrañeza al no vestir con calzón de manta o huaraches, lo veían “de pies a cabeza”. Claudio y los demás artesanos cambian su traje dependiendo del día de la semana. Algunos días usan traje gris y camisa rosa; otros, traje azul y camisa verde. Argumentan que proyectar esa imagen contribuye a generar más confianza en los clientes.

### **Las persecuciones y agresiones a los vendedores de artesanías se han agudizado recientemente ante el desarrollo de proyectos de renovación de espacios públicos impulsados por el gobierno local.**

Con el objetivo de defender los intereses de su gremio, luchar por derechos y condiciones de trabajo más justas e igualitarias, los artesanos se organizaron desde hace varios años y crearon una Unión. Ya son 25 años de que Claudio es el secretario general. Antes estaban constituidos como una Unión de comerciantes de artículos típicos,

Artesanos de la plaza Garibaldi



pero con las gestiones de Claudio se constituyeron como la Unión de Artesanos. Eso les permitió acceder a un permiso que otorga la Secretaría del Trabajo y Fomento al Empleo de la Ciudad de México, lo que a la vez se ha traducido en una precaria mejora de sus condiciones.

Además de ser una instancia de intermediación con las autoridades, la Unión es una fuente de solidaridad colectiva. Cada miembro debe pagar una cuota que se reúne para cubrir gastos como los uniformes de los agremiados o de los trámites y gestiones necesarias para actualizar y solicitar nuevos permisos. Asimismo, la Unión ofrece ayuda para gastos de salud o cuando algún miembro o familiar fallece. Las plazas en la Unión se heredan a los hijos de los artesanos, esto para procurar cierta protección a la familia del agremiado.

A pesar de ello, la protección y la defensa de los derechos de los trabajadores que ofrece la Unión es muy frágil y precaria. A pesar de que han participado en mesas de trabajo con autoridades legislativas que buscan promover agendas de derechos laborales para trabajadores informales, y han elaborado propuestas para modificar los reglamentos que rigen el trabajo no asalariado en la vía pública, la presión que ejercen no es suficiente. Sus iniciativas y demandas son acalladas por propuestas provenientes de grupos más numerosos o que cuentan con el apoyo político de ciertos partidos, tales como la Unión de comerciantes ambulantes del Centro Histórico.

Sin duda se trata de un panorama poco alentador para Claudio, don Epifanio y los demás miembros de la Unión de Artesanos. Sus casos no solo demuestran la necesidad de producir conocimientos que nos aproximen a la complejidad de sus situaciones, sino también la urgencia de promover agendas legislativas que garanticen sus derechos laborales.



# La caja mágica

Los organilleros de la Ciudad de México cargan una tradición centenaria. Aunque a veces parece que va a desaparecer, en realidad solo se renueva con cada generación.

Guillermo Osorno

# Una mañana de invierno Verónica Jardines está parada en la esquina

de la calle de Madero y el Callejón de la Condesa en el Centro de la Ciudad de México. A su izquierda tiene la Casa de los Azulejos, un palacio del siglo XVIII cubierto por tejas de cerámica azul; y a su derecha está la entrada del templo de San Francisco, lo que queda de un monasterio fundado poco después de la conquista de México—Tenochtitlan, a principios del siglo XVI. La calle de Madero es una vía peatonal, de las más transitadas del Centro de la ciudad, pero ese día de principios de enero, cerca del mediodía, apenas está despertando de las fiestas de Año Nuevo.

Verónica está detrás de su organillo, gira la manivela y de la caja sale una tonada muy conocida por todos los mexicanos, “La cama de piedra”, una canción de finales del siglo XIX que habla del trágico amor de un condenado a muerte que, tocada por el organillo, suena más bien a una canción de feria. Ella está vestida con el uniforme reglamentario de su oficio: gorro, camisa y pantalones de color caqui; su único adorno es un prendedor dorado, pinchado al frente de su gorro, con la insignia de la Unión de Organilleros, la organización a la que pertenece. Verónica no deja de girar la manivela y sonrío a algunas personas al pasar: unos se detienen y sonrío de regreso; otros, simplemente sacan una moneda y la depositan en otro gorro invertido que está encima del organillo, como si fuera un gesto mecánico y cotidiano. Nadie puede culparlos por su indiferencia; los organillos han existido por más de cien años en la ciudad y su sonido se ha incrustado en la vida cotidiana del Centro, al lado de los palacios



y las iglesias centenarias. El instrumento que toca Verónica también es una reliquia. Se calcula que fue de los primeros organillos que llegaron a México, producidos en Alemania en 1884, cuando Otto von Bismarck era canciller del Imperio alemán y el general mexicano Porfirio Díaz ganaba unas elecciones que lo llevaron al poder, donde permaneció hasta 1912.

104

Organilleros de la Ciudad de México



El cuadro de Verónica con su uniforme caqui, su organillo, parada en una de las avenidas más importantes de la ciudad, enmarcada por edificios venerables, es una estampa emblemática de la Ciudad de México y su presencia allí, a esa hora, ese día, corresponde a una relojería casi tan complicada como el organillo que toca. Es un sistema que lleva más de sesenta años funcionando y que depende, para seguir aceitado, de una persona: Luis Román Dichi, el líder de la Unión de Organilleros, que esa mañana está con Verónica.

Los organilleros de la Ciudad de México cuentan con una organización que data de los años sesenta del siglo pasado. Su líder actual es Luis Román Dichi, un hombre entrado en su quinta década de vida, que mantiene un equilibrio casi imposible en este sector de trabajadores no asalariados de la ciudad. Además de que él carga también un organillo, su labor consiste en mantener el decoro del gremio, distribuir las rutas, mediar los conflictos internos y representar a los organilleros ante la autoridad, que les expide unas licencias de trabajo renovadas de tanto en tanto. Él mismo es dueño de algunos organillos y con el paso de los años se ha vuelto un experto en repararlos, habilidad crucial en un gremio dependiente de unas cajas musicales de muchos años de antigüedad. Con todo, su labor más difícil es mantener una tradición centenaria en la ciudad, al mismo tiempo que debe adaptarla a los nuevos retos.

Aquella mañana de enero Luis Román visita a Verónica y emprende una caminata por la calle de Madero hacia el Zócalo de la ciudad, la Plaza Mayor. En ese momento en el Centro hay cerca de ochenta organillos sonando. Es fácil darse cuenta de esta población, pues casi en cada esquina de la calle de Madero, Luis se encuentra a un miembro de su grupo, siempre vestido con su uniforme, moviendo



la manivela de su aparato musical del que sale una canción vieja y algo desafinada. También es fácil entender que la calle no es un lugar neutral dado que los organilleros comparten el espacio con las personas que promueven los servicios de las ópticas circundantes, músicos de toda índole, estatuas vivientes y alguna que otra persona inválida, controlada, dice Román, por un líder que las explota. Cada vez que Román se encuentra un organillero, lo saluda con una broma: —Este es el más viejo —dice del organillero que está en la calle de Madero y Bolívar —¡Qué te pasa, si somos de la misma rodada! —contesta el compañero, que es casi de la misma edad. Es sorprendente que, con tantos cilindros y tantas esquinas por disputar, todos lo saluden cálidamente.

Luis Román comenzó como organillero en 1988. Había estudiado la secundaria y trabajaba como auxiliar de contabilidad, ayudando a su padre, pero tuvieron una pelea y decidió separarse de él. Román estaba casado con la hija de un organillero, fundador de la Unión. Su suegro le ofreció tomar el organillo los fines de semana, en lo que conseguía un nuevo empleo. Al principio se sentía incómodo poniéndose el uniforme para salir a trabajar. Alguien le dijo: “aquí hay que perder la pena, no la vergüenza”, y eso le ayudó. El primer fin de semana ganó 40 pesos. Como contador ganaba 105 pesos a la semana: no estaba mal. Poco a poco fue familiarizándose con el oficio, le enseñaron a cambiar los rollos, a cargar el instrumento, que pesa cerca de 50 kilos y a cumplir turnos de ocho horas. En una ocasión el suegro se lastimó la cintura y se quedó 15 días sin trabajar. Román lo sustituyó. De allí en adelante, le asignaron un turno vespertino y le fue tomando amor al instrumento y al oficio.

También, por estar emparentado con su suegro, otro día uno de los líderes se lo llevó como su asistente a una reunión en la Cámara de

Diputados: nada importante. Se trataba de cargar el portafolios. Y eso lo introdujo a las asambleas de la Unión y a las reuniones con las autoridades hasta que otro día, casi por equivocación, lo sentaron en la mesa principal de un encuentro con las autoridades y le pidieron su opinión sobre un reglamento que impedía a los organilleros tocar frente a escuelas, hospitales o edificios en construcción. Como el Centro de la ciudad estaba en medio de un programa de remodelación, él defendió el punto de los organilleros para que no los sacaran de la zona. Resultaba que no solo sabía cargar el organillo, sino que Román también sabía hablar. La Unión necesitaba sangre nueva, pues a principios de los noventa del siglo pasado el oficio entero estaba en plena transformación y muchos pensaban que iba a desaparecer.

Los organilleros surgieron en México a finales del siglo XIX. El famoso Circo Atayde Hermanos trajo los primeros organillos de Alemania y los usaba para atraer a la gente a su espectáculo. Entonces, los organilleros estaban acompañados por un mono. La gente empezó a dar propina a los operarios, y los dueños del circo se dieron cuenta de la rentabilidad de los organillos, por eso, prefirieron alquilarlos a cambio de que los operarios se quedaran con las contribuciones de la gente. La tienda de instrumentos musicales casa Wagner comenzó a importar organillos de Alemania entre 1910 y 1915. La Revolución mexicana había estallado en 1910 contra la dictadura de Porfirio Díaz, trastocando todos los aspectos de la vida de México, entre ellos, la economía. Muchas personas encontraron en los organillos una forma de subsistir en medio del desorden revolucionario. Durante los años siguientes la economía de los organilleros tomó su forma actual: unas cuantas familias dueñas de los instrumentos hechos a principios de siglo los rentaban a personas necesitadas, generalmente sin educación, que fueron a engrosar las filas del empleo informal, a pesar de que el país se estaba industrializando poco a poco.

La figura cultural del organillero creció junto con la industria musical y cinematográfica del país, en pleno auge entre los años treinta y cincuenta del siglo pasado. Hay, por ejemplo, una escena de la película *Escuela de música*, protagonizada por el mayor galán del cine mexicano, Pedro Infante, en la que que canta “Ella”, un clásico del repertorio ranchero, acompañado por un organillo. En 1957 apareció la película *El organillero* del famoso director Gilberto Martínez Solares, protagonizada por el cómico Clavillazo, quien caracteriza a un pobre cilindrero que sacrifica todo para que su enamorada triunfe. Y también está la canción “Amigo organillero”, interpretada por el rey del bolero ranchero, Javier Solís, que sigue siendo un himno del oficio:

“Amigo organillero, arranca con tus notas pedazos de mi alma / no importa que el recuerdo destroce mis entrañas, tú sigue toca y toca”.

De acuerdo con la tradición del género —provocar el llanto de la audiencia normalmente alterada por un par de tequilas— esta canción trata de la muerte de la persona amada y del deseo del amante de morir y reunirse con ella.

En los años sesenta gobernaba la Ciudad de México Ernesto P. Uruchurtu, un hombre que había emprendido una campaña de moralización ultramontana, prohibiendo los cabarés, los teatros, las casas de citas y toda manifestación pública del cuerpo. También la tomó contra los trabajadores informales de la ciudad y los obligó a formar asociaciones y usar un uniforme como forma de control social, para expulsar del paisaje a los pobres y menesterosos. De ahora en adelante, el gobierno expediría certificados especiales para

**El cuadro de Verónica con su uniforme caqui, su organillo, parada en una de las avenidas más importantes de la ciudad, enmarcada por edificios venerables, es una estampa emblemática de la Ciudad de México.**

permitirles trabajar en la calle. La medida afectó, entre otros, a los aseadores de calzado, a los músicos ambulantes, como trovadores y mariachis, y a los organilleros. En 1962 los organilleros comenzaron a buscar la asesoría legal para constituir una organización y en 1964 se expidió el registro de la Unión de Organilleros.

Uno de los fundadores era precisamente el suegro de Román, que había llegado de niño a la Ciudad de México a trabajar en una feria. Lo habían contratado como mozo y le habían dado un espacio para dormir. Luego le dieron su primer organillo. Los fundadores de la Unión, dice Román, eran personas como su suegro, que no sabían leer y escribir, y que no veían el punto de la organización. Pero el gobierno de la ciudad se los mostró: mandaba a unas camionetas, llamadas popularmente *julias*, a que los levantara de la calle para privarlos de su libertad. Si eras niño, te ponían en un orfanatorio donde te detenían un día; si eras adulto, te encerraban varios días en los llamados *separos*, una especie de cárcel preventiva que existía en las distintas delegaciones, ahora alcaldías, de la ciudad. Se debía pagar una multa para ser liberado. Los organilleros se organizaron y luego de juntar sus cuotas, pagaron un notario para que les diera personalidad jurídica. Como eran iletrados, pidieron ayuda al líder de los fotógrafos ambulantes, quien los representó por un tiempo.







Organilleros de la  
 Ciudad de México

La ciudad expidió las primeras veinte licencias, que apenas alcanzaban, y se repartieron entre unos cuantos. Luego de la salida de Uruchurtu, se liberaron más permisos y más personas pudieron abastecer las filas de esta forma de trabajo informal.

Para la década de los ochenta, cuando Román comenzaba a trabajar, el gremio estaba en crisis. Los organillos, esas cajas musicales de principios de siglo, habían comenzado a desaparecer; además, cerró la casa Wagner. Algunos de los dueños de los instrumentos habían muerto y las viudas y los herederos los habían vendido a coleccionistas. Otros instrumentos simplemente se descompusieron y nadie sabía cómo repararlos. Los dueños originales, al morir, se habían llevado también ese secreto. Otros organillos funcionaban, pero a medias, y en vez de música, sacaban de sus fuelles cansados un ruido lastimoso.

A mediados de los noventa aparecieron nuevos organillos que estaban en una bodega del céntrico y popular barrio de Tepito, gracias a la intervención de una viuda, la señora Silvia Hernández. Luego de la muerte de su marido, ella se había ido a Estados Unidos para trabajar en el servicio doméstico. Cuando regresó, se le acercaron algunos organilleros para preguntarle si no quería poner a trabajar los aparatos que estaban en la bodega. Así sacaron a la calle algunos instrumentos. Luego, a principios de la década de los 2000 apareció en la Ciudad de México un coleccionista de organillos guatemalteco que había comenzado a fabricarlos por su cuenta, Germán Rodríguez. Estableció contacto con los organilleros locales y desde entonces ha vendido decenas de instrumentos. A mediados de esa misma década llegó a México la producción de un documental sobre organillos para la cadena HBO; con ellos vino Manuel Lizana, un chileno que también fabricaba cilindros. Acá vendió algunos y se quedó tres meses para enseñarles a los mexicanos cómo repararlos. Entre los aprendices estaba Luis Román.



A pesar de que la presencia de nuevos organillos en la calle salvó al oficio, una de las historias más comunes de la prensa sobre los organilleros es que están en decadencia. El *New York Times*, por ejemplo, publicó en 2016 la historia de Moisés Rosas, un músico callejero del Centro que se quejaba de que los jóvenes no los valoraban; pero la misma nota citó a Luis Román diciendo que la verdad es que la organización florecía. Cuando él había comenzado, había 350 organilleros en la ciudad; en el momento de la entrevista había quinientos. Si hoy le preguntas a Luis Román cuál es el principal problema de la Unión, aquello que ocupa la mayor parte de su tiempo como líder, te dirá que es la distribución de las rutas y los lugares de trabajo. Lo dijo en el café La Pagoda, una vieja cafetería del Centro de la ciudad, a donde Román le gusta dar entrevistas, pegado a su celular, para estar pendiente del grupo de WhatsApp de su organización.

Luis Román subió a la presidencia de la Unión en 2008, y desde entonces se ha establecido como su líder, en buena medida por su capacidad para resolver los conflictos internos. Constantemente tiene que mediar entre sus agremiados, que pelean por el control de rutas y zonas. Todos los organilleros de la Unión deben firmar los estatutos de la organización, que son la vara con que se miden los acuerdos diarios. Es difícil entender las reglas, pues un número limitado de organilleros trabaja de manera más o menos fija en algunas esquinas en el Centro, y algunos organilleros trabajan en ciertas zonas de la ciudad mientras otros no. Es un mapa complicado conformado por derechos de antigüedad, conexiones familiares y la simple necesidad de conseguir unos pesos más. De acuerdo con los estatutos, además, las rutas son de todos, y si se encuentran dos organilleros en el mismo paso, deben sentarse a negociar. Hay veces, sin embargo, que la disputa termina en golpes. Y encima de todo hay que lidiar con los organilleros que no forman parte de la Unión. Es un lío que Román resuelve diario con cierta dosis de mano izquierda que, como si fuera magia, tiene a todo el mundo más o menos contento.

En marzo de 2020, la Ciudad de México declaró una emergencia sanitaria por el virus del Covid-19. Muchos negocios cerraron sus puertas y las calles se vaciaron. La pandemia tuvo un efecto paradójico sobre los organilleros. Román recuerda que durante los primeros meses los habitantes de la Ciudad de México expresaron una enorme solidaridad con ellos. No solo aumentaron las propinas, sino que muchos terminaban la jornada con una despensa. Luego, esa solidaridad se secó y los organilleros afrontaron la doble presión de ingresos menguantes y la presencia de nuevos músicos, que llegaron a las calles porque habían perdido su trabajo. Hoy la situación se ha vuelto a estabilizar,

aunque Román piensa que los ingresos no han recuperado su nivel pre-pandémico.

Hay otro problema del que se habla poco, pero que es cada vez más común en la ciudad: el cobro de piso. Algunas organizaciones criminales que operan en el Centro de la ciudad piden a los

### **El *New York Times* publicó en 2016 la historia de Moisés Rosas, un músico callejero del Centro que se quejaba de que los jóvenes no los valoraban; pero la misma nota citó a Román Dichi, el líder de la Unión, diciendo que la verdad es que la organización florecía.**

organilleros que les den una parte de sus ganancias diarias si quieren seguir en la calle. A veces, la denuncia es lo más indicado; otras, Román prefiere mover de su lugar a sus agremiados, pues son personajes muy visibles y no los quiere exponer a una mayor violencia.

La otra gran preocupación de Román es la nueva generación de organilleros y de personas que los escuchan en la calle. En un mundo hiperconectado, las melodías de los organillos resultan obsoletas e incomprensibles. Román explica que es posible insertar nuevos rollos con nuevas canciones en los organillos, pero hacer un cilindro con las nuevas tonadas requiere de conocimientos musicales y técnicos especializados, además de semanas de trabajo, y eso no es barato.

Por eso, la solución inmediata es más bien hacer que los jóvenes se adapten a la tradición, pero esto tampoco resulta sencillo. Está la historia del par de organilleros gay que en una marcha del orgullo LGBTQ+ de la Ciudad de México se quitaron la camisa y comenzaron a mariconear con la concurrencia, que aplaudía y celebraba. Los videos circularon en el WhatsApp de la Unión de Organilleros y hubo protestas por su comportamiento, pero luego de consultarlo con un especialista en derechos humanos, Román entendió que lejos de menoscabar el oficio, las exageraciones de aquel día fueron bien recibidas y mostraban una cara más incluyente. Está la historia del organillero que puso un código QR encima de su aparato para que la gente pudiera transferir su donativo electrónicamente; está también la historia del organillero que cada temporada navideña se disfraza de Grinch, con su traje verde de



peluche. Aquello comenzó en un momento de necesidad, luego de que su esposa había sido operada y él debía conseguir dinero extra para los medicamentos, y se convirtió en una pequeña tradición personal, tolerada por el resto del gremio.

Y está la historia, finalmente, de Alexis, el organillero rastafari que enarbola una tradición de Jamaica, con influencias panafricanas e hinduistas, y sin embargo toca su organillo todos los días en la esquina de Cinco de Mayo e Isabel la Católica, también en el Centro de la ciudad, frente a uno de los cajeros automáticos más concurridos de la zona.

Alexis y su hermano, un chico con los nudillos tatuados, están entre los organilleros más jóvenes de la Unión. Él es delgado, de rasgos afilados y lleva puesto el uniforme reglamentario, aunque también luce los tubos de su cabello enredado y tejido, característico de la cultura rastafari. Las rastas representan un pacto con Dios y un signo de protesta de la raza negra, aunque él es un mestizo mexicano.

El otro día Alexis y su hermano estaban tocando cuando un transeúnte bigotón, que caminaba por allí con su familia, se detuvo frente al cilindro, tomó al hermano por el hombro y se puso a cantar la letra de la canción que salía del instrumento, como si fuera un José Alfredo Jiménez espontáneo. La esposa y la hija grabaron un video y al final todo el mundo alrededor aplaudió y celebró el gesto.

Como muchos organilleros, Alexis entró al oficio por sus conexiones familiares. Lleva en las calles diez años. A diferencia otros, que tratan de llamar la atención con su comportamiento y disfraces, lo de Alexis es un reto a las convenciones más serio y profundo que ha sabido conciliar. Entre los dos mundos, el del organillero y el rastafari, Alexis encuentra vasos comunicantes; piensa, por ejemplo, que el organillo es un instrumento de paz.

“Lo hacemos para seguir con esta hermosa tradición en estas calles del Centro”, dijo. “Para mí es un gusto transmitir una cultura positiva y que cuando ven las rastas, pregunten también sobre mi cultura africana y que sepa la gente de lo que está pasando con las nuevas generaciones que tocan el cilindro”.

Más tarde, Román comentó que al principio la presencia de Alexis también había causado cierta controversia en la Unión, pero que ahora lo abrazan como un miembro querido y un signo de que las cosas están cambiando... aunque sigue sin saber muy bien cómo y hacia dónde se dirigen.

- Alba, C. y Braig, M. (2012). Organización política local y entrelazamientos transregionales del comercio ambulante en la Ciudad de México. *Iberoamericana*, 12(48), 129–141.
- Alba, C. y Braig, M. (2022). *Las voces del Centro Histórico: la lucha por el espacio en la Ciudad de México*. El Colegio de México.
- Alba, C., Lins, G. y Mathews, G. [Coords.]. (2015). *La globalización abajo. La otra economía mundial*. El Colegio de México; Fondo de Cultura Económica.
- Bakić, T. (2021). Street food as infrastructure: consumer mobility, vendor removability and food security in Mexico City. *Food, Culture & Society*, 24(1), 98–111.
- Brusso, M. (2009). Cuando el trabajo informal es espacio para la construcción de identificaciones colectivas. Un estudio sobre ferias comerciales urbanas. En Neffa, J., De la Garza, E. y Muñoz, L. (Comps.) *Trabajo, empleo, calificaciones profesionales, relaciones de trabajo e identidades laborales* (pp. ). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).
- Crossa, V. (2009). Resisting the Entrepreneurial City: Street Vendors' Struggle in Mexico City's Historic Center. *International Journal of Urban and Regional Research*, 33(1), 43–63.
- Crossa, V. (2012). Play for Protest, Protest for Play: Artisan and Vendors' Resistance to Displacement in Mexico City. *Antipode*, (45)4, 826–843.
- Crossa, V. (2014). Las políticas de reordenamiento del comercio ambulante en la Ciudad de México: Una perspectiva crítica. En Giorguli, S. y Ugalde, V. (Coords.). *Gobierno, territorio y población*. El Colegio de México.

- Crossa, V. (2016). Reading for difference on the street: De—homogenising street vending in Mexico City. *Urban Studies*, 53(2), 287–301.
- Crossa, V. (2018). *Luchando por un espacio en la Ciudad de México. Comerciantes ambulantes y el espacio público urbano*. El Colegio de México.
- De Alba, F y Lesemann, F. (2012). *Informalidad Urbana e Incertidumbre ¿Cómo estudiar la informalización en las metrópolis?* UNAM, Coordinación de Humanidades, PUEC, Centro de Enseñanza en Lenguas Extranjeras, Instituto de Investigaciones Económicas, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Collegium de Lyon, Eurias, RECIIM.
- De la Garza, E. (2009). Hacia un concepto ampliado de trabajo. En Neffa, J., De la Garza, E. y Muñoz, L. (Comps.). *Trabajo, empleo, calificaciones profesionales, relaciones de trabajo e identidades laborales* (pp. 159-192). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).
- De la Garza, E. (2011) (Coord.). *Trabajo no clásico, organización y acción colectiva*. UAM—I; Plaza y Valdes Editores.
- De la Garza, E. (2011). Más allá de la fábrica: los desafíos teóricos del trabajo no clásico y la producción inmaterial. *Nueva Sociedad*, 50–70.
- Gallardo, G. (2021). *Comerciantes atomizados en vía pública: Condiciones de trabajo, gestión de necesidades y modos de organización en barrios de clase media—media alta al Sur de la Ciudad de México*. (Tesis de maestría). El Colegio de México.
- Lindell, I. (2010), Informality and Collective Organising: identities, alliances and transnational activism in Africa. *Third World Quarterly*, 31(2), 207–222.

- Mancini, F. (2014). El impacto de la incertidumbre laboral sobre el curso de vida durante la transición a la adultez. En Mora, M. y de Oliveira, O. *Desafíos y paradojas. Los jóvenes frente a las desigualdades sociales* (). El Colegio de México.
- Martínez, M. (2017). *La figura del técnico en la rehabilitación de espacios públicos*. (Tesis de maestría). El Colegio de México.
- Meneses Reyes, Rodrigo (2011) *Legalidades públicas: el derecho, el ambulante y las calles en el Centro de la Ciudad de México (1930–2010)*. UNAM—Instituto de Investigaciones Jurídicas; CIDE.
- Meneses, R. y Caballero, J. (2014). The right to work on the street: Public space and constitutional rights. *Planning Theory*, 13(4), 370–386.
- Meneses, R. (2018). (Un)Authorized: A Study on the Regulation of Street Vending in Latin America. *Law & Policy*, 40(3), 286–315.
- Moctezuma, V. (18 de agosto de 2020). “¿Tú vas a resolver el problema?” La crisis del coronavirus y los recursos de los trabajadores en el autoempleo con ingresos precarios. *Resonancias*. Blog del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. <https://www.iis.unam.mx/blog/tu-vas-a-resolver-el-problema-la-crisis-del-coronavirus-y-los-recursos-de-los-trabajadores-en-el-autoempleo-con-ingresos-precarios/>
- Mora, M., y De Oliveira, O. (2014). *Desafíos y paradojas. Los jóvenes frente a las desigualdades sociales*. El Colegio de México.
- Portes, A. (1989). La informalidad como parte integral de la economía moderna y no como indicador de atraso: respuesta a Klein y Tokman. *Estudios Sociológicos*, 7(20), 369–374.

- Portes, A. y Hoffman, K. (2003). *Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios durante la época neoliberal*. Naciones Unidas; CEPAL; ECLAC.
- Roy, A. y Asayyad, N. (2003) (Ed.). *Urban Informality: Transnational Perspectives from the Middle East, Latin America and South Asia*. Lexington Books.
- Roy, A. (2005). Urban Informality. Toward an Epistemology of Planning. *Journal of the American Planning Association*, 7(2), 147–158.
- Serna, E. (2020). *Gobernar bajo la ciudad. Etnografía sobre la gobernanza del comercio popular en el Metro de la Ciudad de México*. (Tesis de Doctorado en Estudios Urbanos y Ambientales). El Colegio de México.
- Serna, E. (2020), Contingencia en el subterráneo: el COVID—19 en relación con el comercio popular en el Metro de la Ciudad de México. En Delgado Ramos, G. y López—García, D. (Coords.). *Las ciudades ante el COVID—19: nuevas direcciones para la investigación urbana y las políticas públicas* (pp. 174–184). Plataforma de Conocimiento para la Transformación Urbana.
- Serna, E. (2020). *El comercio popular en el metro de la Ciudad de México. Apuntes sobre el futuro del trabajo*, 2, 1–6.
- Serna, E. (2021). Entre la criminalización y la pandemia. El comercio popular en el Metro durante la contingencia sanitaria en la Ciudad de México. *Ichan Tecolotl*, 32(349). <https://ichan.ciesas.edu.mx/entre-la-criminalizacion-y-la-pandemia-el-comercio-popular-en-el-metro-durante-la-contingencia-sanitaria-en-la-ciudad-de-mexico/>
- Serna, E. (2022). (In)justicia e (i)legalidad bajo la ciudad. Las relaciones entre policías y vendedores en el metro de la Ciudad de México. *Etnográfica*, 26 (1), 89–107.

**Carlos Acuña**, autor del texto sobre aseadores de calzado. Desde hace 12 años ha publicado y colaborado en medios como *Emeequis*, *Horizontal*, *Gatopardo*, *Ojo Público*, *Chilango* y más. Hoy es parte de la Unidad de Investigaciones Periodísticas de Cultura UNAM, donde acompaña a estudiantes en su formación como reporteros.

**Eunice Adorno**, autora de las fotos de artesanos, organilleros y aseadores de calzado. Su trabajo abarca desde la fotografía documental hasta otras disciplinas artísticas. Sus intereses se conectan con distintas historias en comunidades, paisajes y regiones en México, que en sus formas de verse, vivir y representarse tienen una obstinada relación con el pasado. La ausencia de memoria de tales grupos o lugares hacia sus historias la ha llevado a la búsqueda de archivos, imágenes, relatos y otros materiales que le permitan reconstruir otras narrativas.

**Diego Berruecos**, editor de fotografía y autor de las fotos de fotógrafos eclesiásticos, cafeteros, vendedores de revistas, norteños y trovadores. Nació en la Ciudad de México. Estudió fotografía en la Escuela Activa de Fotografía y también realizó una licenciatura en el London College of Printing, en Londres, Inglaterra. Ha sido becario en el programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA, 2007–2008), en el Programa de Arte Actual de Bancomer y en el Museo Carrillo Gil (2009–2010). En el año 2017 ganó la Bial de Fotografía del Centro de la Imagen. Ha participado en varias exposiciones colectivas como: *Espectografías: Paradojas de la Historia* (MUAC). *Shattered Glass* (The Americas Society, New York). *Resisting the Present* (Museo Amparo/ARC/MAMVP, París). Sus exposiciones individuales incluyen *Ebb*, en Proyectos Monclova. *PR: genealogía de un Partido*, *El uso político del fenómeno solar*, en Gaga.

**Daniel Castrejón y Rigoberto de la Rocha**, diseño editorial. Castrejón—Rocha es un estudio de dirección de arte con sede en la Ciudad de México formado por Rigoberto de la Rocha y Daniel Castrejón. C—R concentra su trabajo en el diseño editorial y en la construcción de identidad para instituciones e iniciativas como museos, galerías, festivales y marcas con visión social y trascendencia cultural. Han colaborado con FICUNAM, MUTEK (Montreal, Tokio, Barcelona, Buenos Aires, Ciudad de México), MUCA & MUAC UNAM, Museo Carrillo Gil, WIELS Brussels, Walker Art Center, Bi Yuu, KM4.5, Papaya Playa Project, Travesías Media, Ghostly International, entre otros.

**Félix Holmes**, asistente editorial. Estudiante en Warwick University de Filosofía Política y Economía.

**Alejandra Ibarra Chaoul**, autora del texto sobre fotógrafos eclesiásticos. Ibarra es directora ejecutiva de Defensores de la Democracia (@ddld\_mx), una organización enfocada en la construcción de memoria y las nuevas narrativas para el cambio social. Es politóloga, periodista y autora. Ha publicado en *Letras Libres*, *Gatopardo*, *Ríodoce*, *Pie de Página*, *The Washington Post*, *Rest of World* y *The Haitian Times*, entre otros. Escribió el libro *El Chapo Guzmán. El Juicio del siglo* (Aguilar, 2019).

**Emma Landeros Martínez**, autora de los textos sobre cafeteros y norteños. Periodista. Especialista en temas de conflictos bélicos y violaciones a los derechos humanos. Ha publi-

cado en diversos medios, entre los que destacan *Newsweek* en Español, *Mexicanos contra la Corrupción* y *la Impunidad* y *Este País*. Es autora del libro *Nochixtlán, un domingo negro. Radiografía de una masacre* (Aguilar, 2018).

**Isaura Leonardo**, corrección de estilo. Es licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma de México, Unidad Iztapalapa (UAM—I). Ha trabajado como correctora por más de 15 años. Escribe poesía y ensayo. Desarrolla una investigación personal sobre mujeres combatientes y guerra, además de enfermedad crónica vinculada con la escritura y el pensamiento del cuerpo enfermo. Ha publicado en *Este País*, *Nexos*, *Gatopardo*, entre otros. Es autora de las *plaquettes Santa Rabia* (Rizomancias, 2022) y *Cuerpo clínico* (El latido de la máquina, 2019, digital).

**Guillermo Osorno**, editor y autor de los textos sobre organilleros y trovadores. Autor del libro *Tengo que morir todas las noches; una crónica de los ochenta, la cultura underground y gay* (Debate, 2014). Es reconocido por su trayectoria editorial, ya que ha lanzado y dirigido publicaciones emblemáticas del periodismo narrativo como *Travesías* y *Gatopardo*, ganadora de numerosos premios en Latinoamérica. Dirigió la plataforma de periodismo independiente horizontal.mx. Ha colaborado para publicaciones como *The New York Times* y *The Washington Post* y fue columnista del diario *El Universal* en temas de ciudad. Es miembro de la Junta Directiva de Ruta Cívica, organización dedicada a promover la participación ciudadana en asuntos públicos locales. Es consultor de la International Women's Media Foundation (IWWMF) en temas de género y diversidad sexual. Conduce el programa de entrevistas *Por sí las moscas* que se transmite por Canal 22.

**Sebastián Ramírez**, bibliografía y autor del texto sobre artesanos. Ramírez es maestro en Ciencia Social con especialidad en Sociología por El Colegio de México, y licenciado en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Actualmente es estudiante del Doctorado en Ciencia Social con especialidad en Sociología en El Colegio de México, en donde desarrolla el proyecto de investigación "Etnografía de la planificación urbana en la Ciudad de México". Participó en el proyecto de investigación "Etnografía de la Secretaría de Movilidad de la Ciudad de México" del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades y El Colegio de México, y ha trabajado en proyectos de consultoría para la Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda de la Ciudad de México. Sus principales líneas de investigación se vinculan con el estudio etnográfico de los procesos de transformación urbana, (in)seguridad urbana, redes sociales, gentrificación y discursos expertos en la gobernanza urbana en la Ciudad de México.

**Luciana Wiener**, autora del texto sobre vendedores de revistas. Maestra en Periodismo y Políticas Públicas por el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) y especialista en Crítica y Difusión de las Artes por la Universidad Nacional Argentina. Es titular del espacio de noticias *ADN40.MX* por ADN40, columnista, colaboradora semanal en el espacio radiofónico de MVS Noticias y en la Nueva Radio. Realiza trabajo de consultoría en comunicación estratégica para OACNUDH, Oficina Regional para América Central y el Caribe para los Derechos Humanos. Ha publicado reportajes en medios como *Washington Post Español*, *EMEEQUIS*, *Este País*, *Milenio*, *Proceso*, *Punto en Línea* (UNAM), *La Cadera de Eva*, *La Razón*, entre otros. Se especializa en género y derechos humanos.

Editor  
**Guillermo Osorno**

Diseño gráfico  
**Castrejón—Rocha**

Fotografía  
**Diego Berruecos**  
**Eunice Adorno**

Corrección de estilo  
**Isaura Leonardo**

Bibliografía  
**Sebastián Ramírez**

Asistente editorial  
**Félix Holmes**

Revisión  
**Yuleina Carmona**

Una publicación elaborada por  
PapelMetal S.C.  
Cda. Dr. José Ramos 13  
Colonia Doctores  
Alcaldía Cuauhtémoc  
Ciudad de México



Este obra está bajo una licencia de  
Creative Commons Reconocimiento—  
NoComercial—CompartirIgual 4.0  
Internacional.

---

## ACERCA DE WIEGO

Mujeres en Empleo Informal: Globalizando y Organizando (WIEGO, por su sigla en inglés) es una red mundial dedicada a promover el empoderamiento de las personas trabajadoras —particularmente de las mujeres— en situación de pobreza en la economía informal para garantizar sus medios de subsistencia. Creemos que todas las personas trabajadoras deben tener los mismos derechos, oportunidades económicas y protecciones, y poder expresarse en un plano de igualdad. Para promover el cambio, WIEGO contribuye con el mejoramiento de las estadísticas, la construcción de nuevos conocimientos sobre la economía informal, el fortalecimiento de redes de organizaciones de personas trabajadoras en empleo informal, así como de sus capacidades; y, junto con estas redes y organizaciones, busca influir en las políticas locales, nacionales e internacionales. Visite [www.wiego.org/es](http://www.wiego.org/es)